
EL
CAPITÁN
IMPLACABLE
GERARDO DE LA CRUZ



ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Se asfixian unos gabanes a otros en las perchas llenas.
Yo tengo un gabán que se me asfixió una vez,
y no he podido volver a usarlo nunca.
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

NOTA

QUE EXPLICA CÓMO FUE HALLADO EL MANUSCRITO
de San Apolonio el Implacable, mas no
por qué fue escrito, amén de otras
verdades mentirosas y algunas
mentiras verdaderas.

Las historias del Capitán Implacable no las escribí yo, sería incapaz, simplemente hallé el texto cuando mi abuelita materna decidió esfumarse. Tal como se lee: ella desapareció una mañana de invierno, no por accidente, sino porque así lo decidió. Pero como nadie quedó conforme con su decisión y, puesto que la resignación es un vicio poco familiar, nos entregamos a la intensa búsqueda de nuestra querida abuela, capitaneados por sus tres hijas, entre las que se cuenta, claro está, mi madre. El resultado de mi pesquisa lo tienen en sus manos. Sí, ya sé, muchos escritores dicen lo mismo, que este libro no lo escribe quien lo firma sino un tal Cide Hamete Benengeli, que ellos sólo lo descubrieron y lo pusieron en orden. Bueno, para empezar no soy escritor ni pretendo que me crean a pie juntillas, pero tal es el caso, y lo que a continuación narro son las razones por las cuales decidí publicar estas historias y cómo fue que di con lo que, confío, tendrán a bien leer.

El manuscrito de San Apolonio el Implacable lo encontré mientras hurgaba en el armario de mi abuela, como la canción, en busca de alguna pista que me condujera a ella. En el fondo de una cajonera había una caja de chocolates, llena de viejas fotografías de los tiempos de Mérida, en las que posaban los tíos Fausto y Mario muy ufanos, garbosos, en plena cacería de patos en la hacienda de Yucatán, que fue de los Amezcua hasta poco después de la Revolución. Y como la historia de *los tiempos de Mérida* viene a cuento debido a una petición que más adelante les haré, me permitiré contarla tal cual la relataban mi abuela y mis tías. Una historia que parecía ser el tema predilecto de conversación entre ellas, la huella de un rancio abolengo y un visible rastro de resentimiento clavado bien hondo en la memoria.

Verán, todo comenzó cuando el doctor Amezcua se casó con Lía Feijó en 1899, para convertirse, años después, en mis bisabuelos. Don Manuel Amezcua era uno de los hijos pródigos de Mérida y un médico muy afamado en la región, había estudiado en la Sorbona de París, cosa de harto prestigio

entonces; también era muy querido, más por su generosidad que por su sapiencia, por ello lo llamaban *Chujuk* o *Chujukito*, que significa “dulce” en maya castizo, creo. La tía René aseguraba que en honor a mi bisabuelo, pocos años después de su muerte, los meridanos rebautizaron una de las principales arterias de la ciudad con su nombre: avenida Doctor Manuel Amezcua, mejor conocida como la Doctor Amezcua. Yo, humilde capitalino reacio a viajar, nunca he transitado esa calle ni he escuchado de su existencia ni la he visto en Google Maps. Quién sabe, sería cuestión de hurgar a conciencia en los anales de la ciudad para verificar la anécdota.

Mis bisabuelos se casaron gracias a una rara pero muy común enfermedad, y su enamoramiento se debió en buena medida a la ciencia médica. Sucedió que una noche el notable licenciado Jerónimo Feijó fue en busca del doctor Amezcua. Estaba fuera de sus cabales y, según la tía Florita, ese mismo día se le cayó el cabello del susto de ver a su hija tan alicaída, por eso decían que su abuelo era la única persona calva en la familia.

–¡Venga conmigo, don Manuel! –suplicó el licenciado Feijó al doctor–. ¡Es de vida o muerte!

–Mañana –replicó el doctor, sereno.

–¡No hay tiempo! –urgió el licenciado Feijó.

El doctor Amezcua hizo un mohín y salió en bata, maletín en mano, y sin decir palabra fue a casa del exaltado licenciado. Así eran los doctores a finales del siglo antepasado; aunque fuera en mangas de camisa, pero cumplían su deber. Cuando llegaron al caserón que habitaba don Jerónimo, el médico fue conducido a la habitación de la niña Lía, que de niña tenía poco, pues ya estaba muy entrada en sus dieciséis, es decir, ya era una dama casadera, según la costumbre de la época.

Don Manuel pidió que lo dejaran a solas con su paciente para examinarla cuidadosamente. Estuvo con ella por espacio de dos horas. Al cabo, salió de la habitación y cerró la puerta. Todos aguardaban expectantes su dictamen. Él, con gesto grave y muy orondo, se peinó el bigote y, con esa voz de sabiduría aparentemente infinita que tienen los médicos y los jueces, sentenció:

–Esa niña no está enferma, pero hay que tratarla en el acto.

–¡Imposible! –exclamó la señora Feijó–. Debe estar enferma, mire usted el pibil: ni lo probó, doctor, es su platillo favorito, mire usted, por favor –y mostraba la evidencia.

–Lo que necesita esta niña, amigos míos, es casarse.

Poco faltó para que al licenciado Feijó le diera el soponcio, el mundo cruel se le venía encima, inmisericorde. ¿Casarse ella, la niña de sus ojos? ¡Jamás!, debió haber pensado. Pero no desmayó; antes de que todo se derrumbara, agregó el doctor:

–Confíen en mí, sé cómo resolverlo.

Y en efecto, solucionó los pesares de su paciente... casándose con ella. Lía Feijó y el doctor Manuel Amezcua contrajeron nupcias tras un mes de prudente noviazgo. La boda se celebró con tanta pompa que durante varios meses no se habló de otra cosa en la capital yucateca. Uno o dos años después nació el primero de sus hijos, un varón al que bautizaron Mario. Luego tuvieron una niña, que murió en el parto; enseguida, otra niña, y dos niños más, y luego puras niñas, hasta que nació la tía Elsa [la Mocita, de cariño], la menor de los once hijos que tuvieron los Amezcua Feijó. En total los varones sumaban tres y las mujeres ocho, número que acostado representa el infinito.

Mi abuela nació el mismo año en que estalló la Revolución, la noche en que huyó de Mérida el senador progresista Carlos Feijó Félix, hombre conservador pero de ideas liberales, primo de mi bisabuela y amigo íntimo del doctor. Parece una contradicción, pero así son los políticos: contradictorios. Aunque desfilan por montones en las efemérides, la Historia tiene una tonta tendencia a escamotear a nuestros pequeños héroes, por eso Feijó Félix no figura cual debería en las crónicas revolucionarias. Sin embargo, en algún punto de Yucatán lo tienen muy en alto, justo en el pedestal al centro de una glorieta, donde parece que su broncínea imagen regaña a todo mundo con su dedo punitivo, con la misma rigidez con que intentaría gobernar al estado durante la llamada "Dictadura novenaria".

Mi abuela explicaba que el carácter aguerrido de ella se debía a que, en el mismo instante en que nació, su papá echó de su casa a los soldados del antiguo régimen, que buscaban al revoltoso Feijó Félix por órdenes expresas de un gobernador cuyo nombre nunca precisaron.

–En esta casa sólo estamos mi familia, el servicio y yo –dijo el doctor con voz firme, amenazante, dispuesto a ordenar a sus empleados que arrojaran a punta de escobazos a los *pelados* de la policía militar.

–Doctor, lamentamos la interrupción, pero tenemos órdenes superiores.

–Y yo lamento su falta de educación. Así que me disculpan, caballeros, tengo un parto que atender: el de mi esposa –añadió mordazmente y, no bien terminó la frase, los dejó con un palmo de narices, como si no hubiese escuchado al sargento.

Los soldados, más bien ofuscados, jamás volverían a molestarlo, como que don Manuel se quejó con la máxima autoridad y la patrulla fue enviada al frente de guerra. No quiero imaginar qué les ocurrió a estos infelices que sólo cumplían órdenes.

Apenas recibió a su hija, el bisabuelo abandonó la habitación y, en mangas de camisa, limpiándose aún el sudor, se dirigió a la biblioteca, donde Feijó se ocultaba. Una mentira a medias es una verdad a medias, dicen; así que don Manuel en realidad no le mintió del todo a la patrulla militar. En esa casa, en efecto, sólo estaba su familia y, como ya he señalado, el joven Carlos, quien

por ser primo político del bisabuelo, y porque lo apreciaba como a un hijo, era considerado como parte de su familia. Sin embargo, don Manuel debió tomar medidas drásticas. En la oscuridad de la biblioteca, sacó la cartera y habló con Carlos en los siguientes términos:

–Toma estos cien pesos y huye si no quieres que te agarren. Presiento que no es el mejor momento para que pongas en práctica tus ideas de justicia social... o lo que sea.

Extrañas palabras las del bisabuelo, pero Carlos tomó los cien pesos y le dio un fuerte apretón de manos. Luego de una pausa, don Manuel recomendó al joven que se fijara bien en quién depositaba su confianza antes de lanzar proclamas y alborotar a la gente. Y es que, como todo buen sureño, recelaba de los revolucionarios del Norte, a donde al parecer se dirigiría su discípulo. Carlos abrazó una segunda vez a su mentor y juró que volvería. Y volvió, en efecto, para imponerse como gobernador del estado durante nueve días, convirtiéndose en el protagonista de esa aventura perdida en la historia, la Dictadura novenaria.

En fin, que así salvó la vida el legislador Feijó Félix, personaje tan poco apreciado, que seguramente éstas son las primeras páginas que de él se escriben, así como tal vez sea la primera vez que escucharán de san Apolonio... Pero vamos paso a paso. A estas alturas, en el lugar de ustedes, yo preguntaría qué tiene que ver todo esto con la abuelita de este señor y el manuscrito que dice que halló. Pues a ello respondo que todo, porque para sostener su efímero gobierno de nueve días, el tal Feijó, que amaba a don Manuel como a un padre, le pidió una fortuna.

–Para hacerte el préstamo que deseas, Carlitos –repuso el bisabuelo–, tendría que hipotecar la hacienda, la casa, todo.

–La causa lo exige, doctor; pero ¿qué significa para un hombre de su talla un pequeño sacrificio en pro de la justicia?

Meditando precisamente sobre las necesidades de la causa, don Manuel concluyó que en verdad era justo y merecido el “pequeño sacrificio”, y puso en manos de Feijó el patrimonio familiar, con tan mala suerte que tres días después ese gobierno, que no representaba a nadie, fue depuesto, y el impetuoso político se vio obligado, otra vez, a huir... con la fortuna de la familia Amezcua en los bolsillos. Jamás volvieron a tener noticia del efímero gobernador, aunque corrieron rumores de que se daba la gran vida en Japón. La traición de su discípulo sumió en tal estado de postración al bisabuelo, que dejó de ejercer y durante siete años no pronunció palabra. Sólo se volvió a escuchar su voz un miércoles 24 de junio, para exclamar:

–¡Pero arderás en el Infierno, bribón! –frase liberadora y epitafio del doctor, porque fueron sus últimas palabras.

Esa, según mi abuela y las tías, fue la razón por la cual la familia emigró a

la Ciudad de México, circunstancia que permitió que los padres de mi madre se conocieran. No deja de sorprenderme en cualquier historia cómo la intervención de un solo hombre puede cambiar el destino de tantas personas. Aunque, para ser sinceros, es posible que la verdad sea menos enredada. Y de seguro menos fantástica.

El caso es que siete meses después de fallecido el doctor, le hizo compañía la bisabuela. Murió de tristeza; mal de amores, le decían. Ahora pensarán, con razón, que es imposible morir de amor, que es una mentirilla para salpimentar esta crónica familiar... Serían comprensibles sus sospechas, pues así como ninguna persona muere de felicidad –a menos que le dé un infarto por la emoción–, ninguna persona muere de tristeza. Y teóricamente estarán en lo correcto. Sin embargo, lo correcto no siempre hace esquina con lo verdadero, y esto es absolutamente cierto, o al menos intento compartirlo tal como me lo contaron: mi bisabuela murió de mal de amores, y yo no descarto que haya sido así. De hecho, desde los tiempos de Hipócrates, la medicina tiene términos más complejos para definir los trastornos del cuerpo y del alma que el abatimiento y la melancolía ocasionan, aunque ahora la ciencia nos dice que todo se reduce a una desafortunada conjunción de impulsos cerebrales, química y genética... Creo que me estoy apartando del tema.

Les decía que en estas circunstancias, sin padre ni madre que velaran por ellos, los Amezcua Feijó quedaron desamparados, bajo la tutela de Mario, el mayor de los hermanos. El único problema es que Mario era un hombre de temple volátil, un tanto místico y nada práctico. En sus mocedades quería consagrarse al sacerdocio, pero cuando le comunicó sus intenciones a don Manuel, éste se opuso decididamente y lo mandó a estudiar al extranjero para disuadirlo de su vocación. Quizá la muerte de sus padres era un mensaje divino, pensaría, y que había llegado la hora de acercarse a Dios, como san Francisco de Asís, y siguiendo tan piadosos y filantrópicos pasos, cedió a los menesterosos [y no tanto] lo poco que habían logrado conservar tras la Dictadura novenaria. Si el bisabuelo le hubiera permitido seguir sus instintos religiosos, otro gallo les habría cantado. Por ello decía mi abuela que uno debe ser y hacer a toda costa lo que quiere ser y hacer en la vida.

De la noche a la mañana, los Amezcua Feijó transitaron de la opulencia a la miseria, y pobres de verdad, porque los habían educado para vivir, como decían entonces, de sus rentas. En otras palabras, eran unos baquetones sin oficio ni beneficio. Y aunque culpaban al impresentable legislador Carlos Feijó Félix de su desgracia, en el fondo se lo reprochaban al tío Mario. [La verdad, decía la tía Florita, es que todo lo perdió en una apuesta de caballos... pero ¡chitón, no lo divulguen!]

Volviendo a mi abuela, ante este panorama, donde la alternativa era salir a la calle y pedir trabajo o pedir limosna, optó por dar violento carpetazo a su

cómodo transcurrir de niña rica en Mérida. Hechos más, hechos menos, el evento se dio así:

–Me voy –dijo un día, con ese tono de enojo permanente que la caracterizaba.

–¡Cómo! –exclamaron alarmados sus hermanos.

–Pues así, me voy –y empacó sus pertenencias y se aventuró a la capital del país, para nunca volver a su ciudad natal.

"El orgullo nos tumba, y el orgullo nos levanta", decía. Y así de orgullosa, ya instalada en la Ciudad de México, la abuela rehízo su vida. Se casó, puso una tintorería luego, una por una, todas sus hermanas recalaron en su casa de la calle 13 de Septiembre, en Tacubaya. ¡Guay de mi abuelo, que además de lidiar con el recio carácter de su esposa, debió también enfrentar el de la familia, todos igual de volátiles que Mario!

–No hay duda de que los Amezcua –bromeaba mi abuelo– son gente *demente*.

La ciudad fue punto y aparte en la historia familiar, marcando un antes y un después de México. Mario fue el único que permaneció en Mérida, aunque pasaba largas temporadas en la capital, dándoselas de riquillo a costillas de mi abuelo. Mamá lo recuerda con el regio árbol genealógico de los Amezcua Feijó bajo el brazo, o escribiendo poemas a toda hora en su vieja máquina de escribir, una preciosa Remington portátil. A veces iba por ella a la escuela y la traía en hombros de regreso.

–Jamás olvides, linda hermosa –le decía con ese suave acento meridano–, que tú provienes de una familia que pertenece a la más alta aristocracia.

Y en casa cogía a hurtadillas el monedero de mi abuela y le daba cuatro o cinco pesos para comprar golosinas:

– Tú, chitón, niña –le indicaba con un guiño paternal y el índice en los labios, sonriente.

Este lindo gesto le traería consecuencias negativas a mamá, cuando mi abuela la descubrió con las manos en la masa, emulando las mañas del tío. Entristezco cuando imagino cómo debía sentirse él: nunca pudo hallarse en México, porque fuera de Mérida era un don nadie con zapatos bostonianos y sombrero panamá calado. En cambio allá, aunque Mario vivía prácticamente de la caridad pública, lo hacía con mucho estilo, en actos sociales donde componía a bote pronto inspiradísimas odas, según la ocasión: al gobernador, a los recién casados, a los excelentísimos señores Equis, etcétera. Murió el día en que yo nací –por eso, según mi abuela, tengo alma de poeta–, en un ancianato, sin el mínimo cargo de conciencia y asistido por unas religiosas que se encariñaron tanto con él, contaba la tía Mocita, que ahora el lugar lleva su nombre. [Ejem, ¿algo en esta afirmación les resulta conocido...?] Sabrá Dios las verdades verdaderas de esta historia. Lo cierto es que la única prueba

que tengo de la existencia del tío Mario es esta caja con un montón de fotografías, donde hallé las descalabradas historias de San Apolonio el Implacable. A pesar de su misticismo y su desmedido amor al prójimo y a la vida regalada [o a las carreras de caballos], analizando bien la situación, agradezco al bueno de Mario que haya hecho cuanto estuvo en sus manos por dejar a la familia sin un centavo, porque de otra manera no estaría aquí contándoles esto. Y no es que esta historia sea de vital importancia para la humanidad, pero me agrada estar vivo para contarla. Así que visto lo visto, me viene a la cabeza, ignoro por qué, una de esas reflexiones enigmáticas de mi abuela:

–Mira, *boshito*, uno va y viene por la vida –le daba por filosofar, posando su mano en mi pierna–, así que si vas o vienes debes decidirlo ya, porque francamente uno nunca deja de ser lo que ha sido cuando uno es lo que es, y lo es para siempre.

Expuesto la anterior, justo es explicar el porqué de tanta memoria familiar. Afirmé que mi abuela se esfumó, lo cual es una mentira verdadera, o una verdad a medias, como las del doctor Amezcua. Seré más claro, en realidad lo que pasó fue que un día decidió irse para siempre. Sucedió la tarde de un miércoles invernal en que discutía con sus tres hijas y, necias como su madre, al no poder ponerse de acuerdo las cuatro en ningún punto de la absurda disputa [relativa a cuestiones gastronómicas], mi abuela enfureció como pocas veces.

–¡Guay, Dios mío, con ustedes no hay manera! –exclamó exasperada, y luego, muy seria, con voz muy dura, informó a sus hijas–: ¡Basta! Me voy.

–Pero, mamá...

–¡Pero mamá nada! –las atajó–. ¡Me voy porque me voy!

Y en el acto les exigió que abandonaran su casa, sorda a toda objeción. Ese mismo día, o al siguiente –se presume–, agarró sus triques, echó llave a las puertas de su hogar y nadie la ha vuelto a ver. Se fue, así de sencillo, se desvaneció como un pañuelo en manos de un ilusionista. ¿Que cómo es posible? Pues así, como setenta u ochenta años atrás lo hizo. El mundo es lo suficientemente grande, y a ratos no menos redondo de lo que se piensa, como para esconderse mejor que una aguja en un pajar, cuantimás si la aguja no desea que la encuentren.

Interrogamos a sus amistades, acudimos con la policía, pusimos avisos en el periódico: nadie sabe nada. Recorrimos sus sitios predilectos, peinamos la colonia, revolvimos la casa en busca de algo que nos diera luces sobre su paradero: nada. O casi nada, pues cuando hurgaba en su armario en busca de alguna pista, hallé una medallita de cobre, con la imagen en relieve de un changuito y un caballero acariciando a un león, la multicitada caja de fotografías y, entre las fotos, un montón de papeles apergaminados, escritos a

máquina, con garabatos por aquí y por allá: sí, las descabelladas historias de San Apolonio el Implacable.

Tras darle una perezosa lectura al manuscrito, recordé que de niño la abuela nos contaba historias inverosímiles de un lugar “que ustedes no conocen, pero si estuvieran allí, se sorprenderían de lo azul que es el cielo”. ¡Yo quiero ir!, exclamábamos, y mi abuela se limitaba a sonreír con un gesto pícaro. Y entonces, al evocar ese guiño, tuve una epifanía: ¿y si este lugar del que da noticia el manuscrito realmente existiera?

Esa misma noche me aboqué a la tarea de transcribir el manuscrito y sus garabatos color sepia y se lo mostré a mamá a primera hora del día. Error, piensa que es sólo una de las muchas novelerías que escribió el tío Mario u otro inspirado miembro de la familia; que la revelación del Capitán Implacable corresponde a una crisis febril de imaginación desbordada; que el encuentro de los Toledo es una metáfora de... En fin, para qué sigo, ya lo habrán adivinado, es psicóloga.

No me desanimé y acudí con mi tía, la del medio, que suele ser más objetiva. Su reacción fue relatarme, de nueva cuenta, el viaje que hizo diez años atrás al Tíbet y a la India, contarme la historia de Buda y explicarme detenidamente durante hora y media la doctrina de las Cuatro Nobles Verdades y el Sendero de los Caminos, o algo similar. Taimado, hablé con la menor de mis tías. Otro gran error pues, a diferencia de sus hermanas, ni siquiera le echó un ojo al manuscrito, aunque aprovechó para colgarse de mi brazo y desahogar sus preocupaciones en relación con el futuro económico del despacho [un cuartito que mi abuela le rentaba a un vago en la casa de Tacubaya] y narrarme, con pelos y señales, sus más recientes contratiempos financieros. ¡Ah, cuánta razón tenías, abuela! Con ellas no hay manera.

En cuanto a mí se refiere, después de leerlo por tercera, cuarta vez con mucha, muchísima atención, reafirmo mis sospechas: ¿dónde más podría estar mi abuela, sino aquí? Pero ¿dónde es *aquí?* ¿Dónde está San Apolonio el Implacable? Quién sabe, creo que han pasado tantos años de las cosas que aquí se consignan, y con lo grande que es este país, con tantos pueblitos que tiene como detenidos en el tiempo... ¡podría estar en cualquier parte! Es posible, incluso, que le haya ocurrido lo que le pasó a la avenida Doctor Manuel Amezcua, que en los mapas brilla por su ausencia porque algún chistoso le cambió el nombre y ahora se llama, no sé, Ciudad de Feijó Félix o algo igualmente disparatado. Nunca se sabe, nunca se sabe.

No obstante, abrigo la esperanza de que quizás a ti, querido lector, te resulte familiar alguna de las historias que se cuentan en estos libros, y reconozcas en estas páginas a los abuelos de tus abuelos, las calles de tu ciudad, la casa del vecino, el Jardín del Camellito, el astillero... No sé, cualquier señal que el tiempo no haya borrado. De ser el caso, te suplico que

mires en torno y, si reparas en una anciana que parece tener la edad de la Tierra –aunque algo encorvada, muy vigorosa–, que habla casi a gritos, como si estuviera furiosa con la vida, me avises. Para mayores referencias, lleva un chal de lana, negro con cocolitos rojos, sobre un suéter café muy deslucido por el uso, y un mandil con margaritas y rosas amarillas estampadas, con visibles manchas del pibil que cocinó hará un par de domingos. Sólo una cosa te pido: si le haces charla, sé prudente, porque en un arrebato de esos podría desaparecer otra vez y para siempre, como el desventurado Apolonio el Implacable.

LIBRO PRIMERO

QUE DA FE HISTÓRICA Y CIENTÍFICA DE LOS HECHOS
acontecidos al desalmado corsario de espíritu
umbrío, mejor conocido por el mote de
Capitán Implacable, así como de la
fundación del pueblo que lleva
el nombre del mismo,
convertido en santo.

PRIMER CAPÍTULO

QUE DA RAZÓN DE LA ESTATUA FELINA
en memoria de san Apolonio el
Implacable y de cómo el Rey
de la Selva se volvió
vegetariano.

En el Jardín del Camellito se yergue la estatua felina de san Apolonio el Implacable. Es un monumento poco común en un mundo donde la tendencia es representar a nuestros héroes –siempre bravos guerreros– montados en un caballo brioso, con el sable o la escopeta en ristre, a punto del ataque. Al contrario, la estatua en memoria del Implacable recuerda al santo fundador del pueblo, quien acaricia a un león con la mano izquierda, y con la otra, muy en alto y cogida de la punta de los dedos, blande una margarita como símbolo de prosperidad y buenaventura. La imagen, si atendemos a la leyenda, tiene lógica.

Cuentan que san Apolonio, antes de perderse en la historia para convertirse en mito, mucho antes de que dejara de ser implacable, era más taimado que un gato, más sagaz que un lince y tan feroz como un tigre. También cuentan que una vez, cuando aún andaba de aquí para allá como un topo deslumbrado en su madriguera, antes incluso de cumplir su destino final, un león hambriento que tenía en su haber más elefantes que África estuvo a punto de acabar con quien fuera un pirata despiadado.

–Espero que hayas comido –advirtió el bárbaro minino, relamiéndose los bigotes–, pues al devorarte será como si hubiera comido dos veces.

Apolonio el Implacable comprendió que sería inútil tratar de huir de la fiera y pensó, resignado, que lo mejor sería aceptar con regocijo su futuro como plato de cocina silvestre: Así sea, murmuró para sus adentros. Sin quitarse la capucha, bajó la vista y movió la cabeza en forma negativa.

–Lamento decepcionarte, buen león –replicó afligido–. Tengo dos días en ayuno; pero si me permites, ahora mismo puedo saciar mi apetito, de manera que al devorarme quedes satisfecho por partida doble, como es tu deseo. Además podrás comerme sin cargo de conciencia, pues me habrás otorgado la gracia de la última cena, buen león, cosa que las leyes humanas nunca me procurarían... No merezco tanta bondad.

–¡Bribón, ya veo que pretendes zafarte de mis garras! –rugió el león–. No gastes saliva ni trates de engatusarme, tengo muchos años en este negocio, así que guarda tus palabras engañosas para cuando le rindas cuentas al de arriba, que generosamente te ha traído a mí, ¡gruarrr!

San Apolonio protestó enérgicamente:

–Aunque comprendo tu recelo, no tienes derecho a insultarme –dijo de espaldas a su futuro verdugo, en verdad ofendido y cruzado de brazos–. Ya sé que mis huesos terminarán de mondadientes en tus fauces, pero lamentaría amargar el festín que desde ya saboreas, según veo, con este cuerpo enclenque y el hambre que tengo, debido a un coraje –añadió con un dejo de melancolía en el tono de su voz.

El león dudó un instante y se mostró contrariado:

–Entonces, ¿no te opones?

–¿Por qué habría de oponerme, fiero amigo? Si los hombres matamos a los animales para sobrevivir, y con frecuencia por mero deporte, me parece injusto reprocharte nada, ya que todos somos criaturas de Dios; privarte de alimento sería oponerme a las leyes de la naturaleza... Aunque el alimento se trate de mí.

El león se sentó pensativo y se rascó vehementemente la melena con la pata derecha. Algunas pulgas saltaron tras el duro cepillado leonino.

–Tengo hambre, cierto es –ronroneó meditabundo–; mas pareces sincero y la razón te asiste. Creo que puedo esperar. Sírvete. Entretanto, aguardaré... Pero ¡pobre de ti si intentas escapar! ¡Gruarrr!

Los días de timo y pillaje de san Apolonio habían acabado, así que no había motivo para que el león desconfiara de su presa. Con una mueca que denotaba resignación y fastidio, el Implacable vació su talega, la cual únicamente contenía castañas, pinochos, margaritas y otras hierbas de la misma especie. Enseguida tomó asiento en una roca y, con permiso del león, empezó a comer pausadamente, no sin antes agradecer al Señor por la magnífica cena. Pensó compartir su alimento con su futuro verdugo, mas presumió que tomaría el gesto como un ardid para evitar lo inevitable.

El león contemplaba la escena como aturdido.

–¿Es cuanto piensas comer? ¿Nada más?

San Apolonio asintió, y al movimiento de cabeza le acompañó un sordo eructo. Continuó comiendo; sin embargo, al notar el desconcierto del felino, apenas terminó el bocado, se dirigió a la bestia y explicó:

–Hace años dejé la carne, pues padezco del estómago y me da por regurgitar como [¡gurp!] un niño de pecho –explicó, sobándose la disminuida barriga–. A veces la gastritis entabla diálogos poco o nada cordiales aquí adentro y contra mi voluntad, y de los gases que me produce, bueno, mejor no hablar de eso. Las raíces y los frutos de los árboles son tan nutritivos como la

carne, ¿lo sabías? Anda, prueba.

Lleno de curiosidad, el león acercose a su presa y, contra todo pronóstico, compartieron la comida. Cuando cada uno terminó de engullir una buena ración de castañas, pinochos, margaritas y otras hierbas de la misma especie, la talega quedó vacía y san Apolonio el Implacable lanzó un tímido eructo, que precedió a un tercer regüeldo harto sonoro y loable.

–Pareces satisfecho –advirtió el león–. Eleva tus oraciones, pues ha llegado tu hora.

–¡Ay, espera, ay! –regurgitó san Apolonio por cuarta vez, agitando la mano en señal de disculpa– ... Parece que ya pasó. Esta maldita úlcera [Dios me perdone] que gracias a ti dejará de molestarme; pero ¿qué hay de ti? ¿Disfrutaste el entremés? Yo lo he gozado porque he podido compartirlo contigo.

El Rey de la Selva no respondió, sólo se relamía los bigotes, saboreándose el banquete que san Apolonio le brindaría. Se acercaba con movimientos lentos, finos, imponente, en una palabra: majestuoso. Los hierbajos lo habían dejado insatisfecho, claro, mas ¿importaba? Al cabo de unos buenos mordiscos, aunque ignorase por dónde empezar, estaría ahíto.

–¡Oh, cuánto lamento no estar a la altura de tu apetito! –dijo san Apolonio, visiblemente afectado–. Si me permites comer un poco más, ¡ya verás qué manjar te llevas al hocico, querido león!

–Hocico, el tuyo, que no cesa de parlotear –respingó el león.

–Es que he pasado mucho tiempo solo y tenía ganas de conversar con alguien tan sabio como tú... En fin, a lo que nos concierne –dijo Apolonio, levantándose el faldón, que dejó al descubierto un par de piernas flacas y velludas–: ¿Te apetece mi lamentable chamorro? O mejor el gaznate, para evitar escándalos, pues no soy ajeno al dolor, querido león.

La bestia se dispuso a atacar; sin embargo, se contuvo. A pesar del hambre feroz, repensó la situación antes de conceder a su víctima la gracia de saciar esa voracidad herbaria. Se hallaban en un lugar solitario y quién sabe cuándo se le presentaría una oportunidad similar. Por otra parte, la presa no había saciado su hambre porque casi todo lo había engullido el hambriento cazador. Así, el león decidió aguardar y, en compañía del hombre, se internó en la selva en busca de castañas, pinochos, margaritas y otros hierbajos de la misma especie.

El Implacable se quitó la capucha y comenzó a buscar el alimento requerido. Mientras hacía esto, el león, asombrado por el aspecto de su futura víctima, lo observaba con disimulo y harta suspicacia. Nunca había devorado a un hombre tan singular.

Después de un rato se animó a preguntar:

–¿Por qué tienes los cabellos blancos? Tus carnes son firmes y no pareces

viejo.

–Estragos de un viejo mal del que Dios me quiso salvar para poder alimentarte –aseguró, sin abandonar la atenta recolección de castañas, pinochos, margaritas y etcétera.

–Aunque eres delgado, tu apariencia es la de un hombre fuerte, y bajo el sayal advierto algo más que retazo con hueso.

–¡Oh, la memoria me avasalla! –suspiró san Apolonio, ingiriendo ya un puñado de pinochos–. Dios te bendiga por haberme elegido, león, mejor fin no merezco, después de la vida de vicios que he llevado... Evitemos ciertos temas que me llevan al pasado, fiero amigo, ya que lejos de disfrutarme, el sabor de mi carne te amargará la cena, lo cual me apenaría muchísimo –sostuvo el avergonzado penitente–. Apuremos la faena, pues la luz, como mi hambre, mengua.

La curiosidad mató al gato, reza un refrán popular, y el león no fue la excepción:

–Y el color púrpura en tu rostro –inquirió–, ¿a qué se debe?

–Una enfermedad que cogí tras surcar los Siete Mares. Era entonces un hombre malo, despiadado, pendenciero y disoluto, y fue voluntad del Señor darme una lección; pero despreocúpate, que yo sepa, ningún león ha muerto de justicia –respondió, viendo con fijeza al animal–, y menos de la divina.

Hizo una pausa y, mirándolo de reojo, agregó con gesto circunspecto:

–Aunque debo confesar que nunca conocí a ser viviente alguno con mis características, ¡y menos a un león que sucumbiera ante su apetito feroz! –escapó una sonrisa en sus labios, con una risilla apenas audible, que fue opacada por una sombra gris acompañada de un intenso olor a huevo a podrido.

–¿Y este hedor insoportable a azufre, desdichado?

–De este aroma fortuito qué te digo –agachó san Apolonio la mirada–... Otro tema del que sería preferible no hablar.

El león retrocedió entonces, horripilado, como si deseara evitar cualquier contacto con Apolonio, con las garras extendidas y a la defensiva, como quien se aleja de un vampiro haciendo la señal de la cruz.

–¿Y en tal estado de descomposición piensas servirme de plato principal para saciar mi hambre? ¡Vaya sinvergüenza! ¡Caradura! –san Apolonio se encogió de hombros, sin argumentos a su favor, y el león continuó–: No, amigo mío, no. Aprecio tus buenas intenciones, y que Dios te bendiga, pero soy el Rey de la Selva, no conejillo de Indias. Prefiero comer toda clase de hierbajos el resto de mi vida y adelgazar como un chacal, antes que comerte a ti y morir sólo sabe el Señor de qué malestar... ¡Oh, qué putrefacción la tuya!

San Apolonio el Implacable se acercó al felino amistosamente y alargó la mano izquierda con intención de acariciarle la melena para convencerlo de

que podría servir, al menos, para entretener su feroz apetito, mas apenas avanzó unos pasos, el león se echó a correr, despavorido.

El santo rompió en llanto áspero: el sendero de la redención era mucho más difícil de lo que imaginaba. ¡Pensar que años atrás se habría alegrado, o quizás habría blasfemado contra Dios y doblegado al león con sus propias manos! Abandonado en medio de la selvática nada, Apolonio entristeció al recordar los viejos tiempos, como reprochándoselos.

Después se colocó de nuevo la capucha y continuó la marcha en busca de su destino final, rumiando, a guisa de mondadientes, el verde tallo de una margarita. Al cabo de unos días se halló perdido en el sendero de los caminos opuestos. Su buena disposición había sido premiada.

CAPÍTULO II

QUE REFIERE CÓMO EL SABIO DOCTO PETRONIO
puso fin a la controversia en torno a
la leyenda blanquinegra del
Capitán Implacable.

Poco se sabe de la historia de san Apolonio el Implacable. Hay quienes niegan su existencia y afirman que cuanto se dice de él son cuentos imaginados por los padres de los abuelos de nuestros abuelos, pues en los almanaques de la Iglesia y en otros de mucho prestigio, como el del señor Donceles y Palma, no figura en el calendario la fiesta de algún san Apolonio llamado Implacable, y siendo este almanaque del señor Donceles y Palma el de mayor autoridad, es posible inferir que se trate solamente de una leyenda, más desteñida y falseada que un viejo retrato familiar.

Otros habitantes, que constituyen la mayoría en San Apolonio el Implacable, argumentan que la omisión es deliberada y racionalmente comprensible, pues en congruencia con la infinita modestia propia de nuestro santo patrono, éste prefirió permanecer en el anonimato para ceder su lugar en el calendario a otro bienaventurado de menor fortuna y mayor gracia. Así, entre dimes y diretes, la existencia de san Apolonio cayó en las redes del rumor y las teorías caóticas –que alimentan su hambre insaciable con pruebas improbables y disparatadas–, para convertirse con tristeza en objeto permanente de polémica o controversia entre incrédulos positivistas y fieles apolonienses.

Sin embargo, bajo la estatua felina de san Apolonio, según el cura Párroco, permanece oculta desde hace muchísimo tiempo una caja de latón oxidada, la cual enterró allí un anciano, como solían hacerlo los piratas, que escondían su tesoro en las islas remotas para evitar que cayera en manos de sus colegas o de la justicia. Según es fama, este anciano de nombre Bonifica Regidor conoció al santo Apolonio, por sobrenombre Implacable, como una gitana conoce las líneas de la mano, y aún más: lo acompañó en casi toda ventura y desventura, así como el día sucede a la noche.

Esa caja de latón oxidado, enterrada cual precioso tesoro, contiene la *leyenda negra* de san Apolonio, aquella que refiere la historia del Capitán

Implacable, la vida de nuestro fundador cuando todavía no era elevado a la categoría de santo ni había realizado ningún milagro y, en consecuencia, por la firmeza de sus actos y la pobre moral que había en ellos, se ganó el mote de Implacable. Nadie sabe puntualmente qué dice la leyenda negra, aunque la supone el mundo entero casi con certeza. Los apolonienses optaron al principio por olvidarla y aceptar como verdad única e histórica la *leyenda blanca* del santo, menos ingrata, y que ha venido creciendo como musgo en el bosque. No obstante, de la misma manera en que el musgo se confunde con la corteza y se pierde en las raíces de los árboles, la leyenda blanca y la negra se enmarañaron bajo la sombra de la duda y el rigorismo de la imprecisa ciencia histórica.

Fue difícil determinar cuál era más cercana a la verdad –si es que es posible bordear la verdad de la leyenda–. El problema suscitó gran controversia en San Apolonio el Implacable [entonces aún no se dictaba la correspondiente bula que despojaría al santo de tremendo sobrenombre] y durante largas noches no se habló de otra cosa en los hogares. Incluso hubo una época, cuando la gente quería descubrir el porqué de todas las cosas, en que los apolonienses decidieron traer a un sabio historiador para determinar, sin dejar rastro de duda, cuál era la famosa leyenda blanca y cuál la fatídica leyenda negra.

El ilustrado historiador, un hombre calvo y muy flaco, llamado por sus padres [y por los apolonienses de entonces] Docto Petronio, dedicó varios años de su vida a espulgar la mentira de la verdad. Citó en la plaza del pueblo a los apolonienses e interrogó a cada uno, sin excepción. Examinó los anales del H. Ayuntamiento, que leyó de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, al trasluz, a contraluz y a oscuras. Revolvió el polvo más añejo del pueblo en busca de pistas, huellas y algo que comer, lo mismo que interrogó a los perros que no ladraban y a los gatos que maullaban, pues su silencio o su escándalo resultaban sospechosos al sabio entender del investigador.

Al cabo de unos años, cuando la tierra agreste se volvió fértil y la calva de Docto Petronio desapareció bajo una guedeja gris [porque el cabello renació en su dialéctica mollera], cuando su estómago se infló tanto como la polémica, se presentó en el H. Ayuntamiento de San Apolonio el Implacable y, señalando tres carretas rebosantes de documentos, el historiador afirmó haber despejado finalmente el misterio.

El Gran Consejo citó a los apolonienses en el Jardín del Camellito para que escucharan de boca del señor Petronio "la verdad más verdadera de todas las verdades". La noticia del luminoso descubrimiento corrió como alma que lleva el diablo y causó gran conmoción incluso en los alrededores. Vinieron, por vez primera, curiosos de pueblos vecinos y lejanos para escuchar la vera historia de san Apolonio el Implacable y presenciar, de una buena vez, el final

de la controversia para poder asistir a misa juntos, sin titubear al elegir sus asientos, pues los creyentes de las distintas leyendas se habían divido entre *izquierdistas* [cuestionadores] y *derechistas* [confiados], como si fuese imposible zanjar diferencias.

En punto de las cuatro campanadas del Viejo Reloj, todo mundo se reunió en torno al quiosco de la plaza, justo donde el Gran Consejo dispuso que el sabio historiador dictara su conferencia. Bajo un aluvión de unánimes aplausos, que se prolongaron un minuto, Docto Petronio se levantó de su asiento, desenrolló un abultado y larguísimo pergamino, en el que había escrito el resultado de sus pesquisas, y leyó:

–Ejem, nos guste o no, la verdad es la verdad; pero las historias conforman la Historia, con hache mayúscula, y debemos apegarnos a las evidencias, más allá de la fe, que mueve montañas, según creencias orientales –de nuevo aplausos y vítores ahogaron la débil vocecilla de Docto Petronio; pero tal contingencia no frenó el discurso–. Podemos colegir así, ejem ejem, que la llamada leyenda negra de san Apolonio, mejor conocido en los Siete Mares con el sobrenombre de Capitán Implacable, como explicaré a continuación, es la más oscura...

Esta vez Petronio hizo una pausa, quizás en espera de vítores; mas la gente, a la expectativa, había quedado sin habla y algo cansada de los aplausos previos.

–Y la leyenda blanca, ejem, según mi exhaustiva investigación, ejem ejem, ¡la más luminosa! –puntualizó, con una voz que disminuía en intensidad.

Hizo otra pausa para aclararse la garganta. Tomó una copa de rompope almendrado, respiró muy hondo para recuperar energías, se acomodó los quevedos en la punta de la nariz, carraspeó nuevamente y atacó sin cortapisas el asunto. Su auditorio, repuesto y con renovada fuerza, volvió a atajarlo con aplausos.

–De manera que, en seguimiento de las formas y un tanto cuanto de las estructuras, se sabe de algún modo inequívoco que, así como hay cosas buenas que parecen malas y cosas malas que parecen buenas, y en el mismo entendimiento de que el agua y el aceite no se mezclan, pero conviven en el mismo caldo, de igual forma es que la leyenda blanca y la leyenda negra son *una* y *una* es la leyenda citada, así que procederé a explicar al punto lo convenido, con pelos y señales, y por qué la izquierda a veces es derecha y la diestra resulta en ocasiones muy siniestra.

–¡Oh! –exclamaron los apolonienses perplejos, mientras Docto Petronio procedía a explicar “al punto lo convenido”, que le había costado tantísimos años de búsqueda intensa, febril e indómita.

Nueve horas después, el sabio Docto Petronio enrolló el luengo pergamino y retomó agotadísimo su asiento. La gente estaba tan admirada que transcurrió

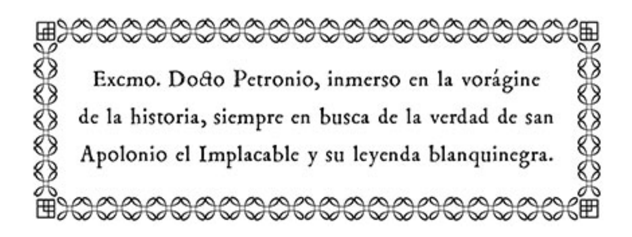
un minuto de silencio antes de que pudieran deshacerse en eufóricos aplausos durante un largo, muy largo, larguísimo rato, y enseguida volvieron a sus casas, todos muy contentos y algunos [la mayoría] demudados. Las diferencias entre escépticos y conservadores se desvanecieron al instante; izquierdistas y derechistas se abrazaban fraternalmente:

–¡Qué tontos hemos sido! –admitieron algunos–. Pero esta vida de espera y encono de veras que ha valido la pena, ¡ahora siento lo que nunca había sentido al abrazarte, hermano!

–¡Vaya que sí! –afirmaban otros–. Somos afortunados de contar con un hombre tan sabio entre nosotros.

Los apolonienses estaban muy conformes con la disquisición de Petronio. No obstante la revelación, en honor a la verdad, decir que pocos escucharon el discurso de Docto Petronio realmente es caer en exageraciones, cuando no en una mentira. El hombre estaba tan viejo, que al hablar su voz se perdió más allá de la punta de sus anteojos. Sin embargo, ni los lugareños ni los curiosos forasteros parpadearon ni dijeron pío mientras el historiador rendía su informe, y menos los miembros del Gran Consejo, aunque se miraban de hito en hito como preguntándose "¡¿qué dice?!", por temor a que los tacharan de ignorantes o necios, o ambas cosas. Además, la solemne figura del sabio Docto Petronio, corcovado y enjuto, según se ve, imponía mucho respeto.

El Gran Consejo organizó una generosa cena en reconocimiento a la labor del historiador y lo nombraron Hijo Pródigo de San Apolonio el Implacable. Le dedicaron una calle, que actualmente conduce directo al astillero, aunque su nombre el tiempo lo borrase y ahora sea conocida como Paseo del Astillón, y en letra pequeña se lee en una placa "1ª Calle de Docto Petronio". El famoso pintor árabe Ibn Yehuda Oj'alá Helú Mahmoudin Jaled, que vino desde la península de Anatolia sólo para presenciar el fin de la sonada polémica, hizo un retrato de cuerpo entero del historiador en busca de la verdad del poblado de San Apolonio el Implacable, retrato que aún puede apreciarse en el Salón de la Fama, Personas Ilustres e Insignes Calabazos del gran palacio municipal del H. Ayuntamiento, y sobre el título, en letras doradas hoy llenas de herrumbre, la leyenda:



Cuando los niños sufren insomnio, sus madres les cuentan la historia larga –

pues aquí se ha referido la breve, que en poco difiere de la relatada– de la controversia en torno a la leyenda blanquinegra del Capitán Implacable, de modo que no hay persona en este pueblo que la desconozca, como tampoco hay apoloniense capaz de relatarla con plena veracidad y discernir cuál es la leyenda negra y cuál la blanca.

¿Importa? Al fin y al cabo, son la misma.

CAPÍTULO III

DONDE SE REFIERE EL EXTRAORDINARIO
encuentro que, a la sombra de un olmo, tuvo el
Capitán Implacable con el Destino, así como
del mosquito que zumba rezumba y por ser
mosquito y no mosca se libró de
cien azotes aun siendo sabio.

Cuentan que en el año 1578 de Nuestro Señor, el Destino encontró al capitán de la fragata ligera *La Vagamunda* despatarrado al pie de un olmo comiendo una pera. Entonces aún pensaban muchas personas que el mapamundi todavía no estaba trazado de punta a punta y se podía navegar allende los límites del globo terrestre de Magallanes; que Cíbola y la Fuente de la Juventud se hallaban en las tierras áridas al norte de la Nueva España o en la selva espesa del Amazonas; se creía que tierra adentro existían magníficos reinos por descubrir y conquistar, lugares fantásticos donde el oro se cultivaba como el trigo y la gente se bañaba en manantiales de plata. Y en estos lugares, más allá de la Patagonia o la tierra de los vikingos, las guacamayas discursaban en torno a asuntos filosóficos muy profundos y los nativos andaban a brincos porque tenían una pierna y no dos, como todo mundo, y que éstos tampoco hablaban, sino barritaban, pues en vez de boca tenían una pequeña trompa de elefante y en la cabeza les crecía un jardín de margaritas cual abundante cabellera. No obstante el decir de innumerables aventureros, que en huesos afirmaban haberse bañado en cascadas de oro líquido que caían en remolinos y arcadas de diamantes y rubíes, eran pocos los que se arriesgaban a explorar estos territorios fantásticos. Y mucho menos los que llegaban con vida, si es que llegaban. Fue en aquella época de fábula y mitos efervescentes, pues, que tuvo el capitán de *La Vagamunda* su primer y único encuentro con el Destino, al mediodía de un verano ardiente y húmedo en Isla de Hornos.

El capitán disfrutaba de la sombra que le brindaban las frondosas ramas del olmo donde comía una pera. Estaba muy cansado y debía partir con rumbo a la Nueva Galicia en el curso de la tarde siguiente. Sólo se había concedido –lo mismo que a su tripulación– tres días para aflojar los músculos y el esqueleto; pero los tres días con sus dos noches no los invirtió en descansar, sino en perpetrar calaveradas junto con su amigo Bonifica Regidor, piloto de

la nave que comandaba el hombre de la pera.

Agradecido con el olmo por haberlo acogido entre sus raíces como a un niño en brazos de su madre, estaba a punto de caer dormido, con los ojos cerrados ya, cuando presintió una figura extraña, aunque familiar, que se interpuso abruptamente entre él y la cálida sombra del olmo y el fresco sol de Isla de Hornos, como un suave toque, un soplo al oído que penetró sus venas. Jamás identificaría con certeza quién perturbó su descanso; sin embargo comprendió, al momento de dar un último mordisco a la jugosa fruta, que se trataba del Destino.

El capitán de *La Vagamunda* lo había burlado en el Océano Pacífico y en el Mar del Norte, en el Perú y en Albania y en muchísimos otros sitios que sólo podría enumerar el sabio Docto Petronio. En suma, había escapado a su destino cientos, miles de veces; mas el Destino, tarde o temprano, alcanza a sus destinatarios y, una vez que esto sucede, es imposible dar marcha atrás o desairarlo.

Este impío capitán, como seguramente ya adivinaron, era Apolonio de Anzuelo y Tarambana, pues no siendo todavía santificado, era tan despiadado que su tripulación y cuantos lo conocían personalmente o de oídas lo llamaban Capitán Implacable, cosa que él disfrutaba, como dicen las personas cultas, *in extremis*.

–Ese hombre no perdona ni a su abuela.

–Es terrible.

–Es ruin –decían. Y al punto acordaban:

–Es más que terrible y ruin: es implacable.

Y está consignado en los anales de la historia que España, Francia, Inglaterra, el Imperio Otomano y quién sabe cuántos otros reinos dictaron decenas de órdenes de aprehensión contra un corsario llamado Apolonio de Anzuelo y Tarambana, alias Capitán Implacable, por delitos tan crueles y ominosos que para dar cuenta de ellos se necesitaría una enciclopedia.

¡Quién hubiese creído que allí, despatarrado al pie de un olmo, una lágrima, solitaria y radiante, bañaría la apretada mejilla del pirata! ¡Quién hubiera aceptado que en ese momento su corazón [porque tenía corazón] dio un vuelco y supo el Capitán Implacable que estaba perdido en medio del reino ajeno y desconocido de la bondad! Pues aunque nadie lo hubiese creído, así ocurrió. El malvado Apolonio de Anzuelo y Tarambana, en el mismo instante en que presintió a su Destino bajo el sol de Isla de Hornos, murió para renacer en la inocencia. Y esa lágrima lo prueba, aunque no conste en los archivos.

Como ya se ha dicho, la historia del Capitán Implacable nadie la sabe a ciencia cierta, es difusa y está perdida entre miles de documentos, sentencias y crónicas de la época. Decían los marineros que antes de cumplir los veinte ya gobernaba *La Vagamunda*, y que en menos de siete años surcó los Siete

Mares, causando males y pesares donde ponía el pie izquierdo, aun antes de posar el derecho, sin excepción. Era impredecible y venal, sanguinario e inflexible, mezquino y sardónico, rudo y licencioso; sin embargo no fue en esta primera travesía por los Siete Mares que le adjudicaron el remoquete "implacable".

En los tiempos del capitán Anzuelo, como en los nuestros, había hombres mucho más malvados, incluso peores –y algunos de larga capa y corona relumbrante–. El apodo de Implacable se lo ganaría más tarde, cuando surcó por segunda ocasión los Siete Mares, en el Océano Pacífico, precisamente cuando burló al Destino por vez primera.

La Vagamunda navegaba con destino a Colina do Sacramento, en el Reino del Brasil, de donde zarparía un galeón cargado de oro hacia Portugal, el cual planeaba hacer suyo el capitán Anzuelo. Se ha dicho bien: planeaba, porque una tormenta desvió el curso de la nave. *La Vagamunda* venció la tromba gracias a los buenos oficios del piloto Bonifica Regidor, mas era menester corregir el derrotero. El capitán reunió en cubierta a la tripulación y ordenó silencio absoluto mientras daba instrucciones.

–No hablen –ordenó a guisa de mortífera advertencia, sereno y estricto–. No respiren. No quiero oír siquiera el zumbido de una mosca.

Había mucho que remediar y cualquier distracción, cualquier omisión tendría fatales consecuencias. Por un instante, el barco se convirtió en un cementerio donde sólo vibraba la regia voz del capitán, que emergía a gritos desde el alcázar de popa... Hasta que de golpe allá lejos, en la proa, cerca del segundo palo, se escuchó el melancólico zumbido de una mosca y un marinero pudo por fin respirar aliviado, en la inteligencia de que su comandante tomaría medidas disciplinarias. Y así fue, Apolonio de Anzuelo enfureció y mandó que atraparan a la mosca.

–¡Muévanse! –gritó el capitán–. ¡La quiero viva! Cuando la Luna mostró un ojo y el Sol cerró el otro, el grumete Lorenzo, un joven de trece o catorce años, atrapó al insecto que había contravenido al capitán.

–¡Aquí está! –exclamó con las palmas de las manos en cuenco–, ¡pero no es una mosca, mi capitán, es un mosquito! –añadió como quien aboga por un amigo y justifica lo injustificable.

–Ni peor ni mejor –replicó el gobernador de *La Vagamunda*–, sólo se habrá salvado de cien azotes.

Enseguida cogió el látigo y el mosquito recibió noventa y nueve flagelos y un puntapié en el tórax. Luego ordenó que lo encerraran en el calabozo sin derecho a comida ni agua, esperando que muriese de hambre y sed.

–¿Qué hiciste? –le preguntó el capitán original de *La Vagamunda*, un viejo almirante español, héroe de la Batalla de Malta, ahora convertido en un magro costal de huesos, abandonado allí tras el motín que puso en poder de la fragata

al capitán Apolonio de Anzuelo y Tarambana.

–Zzzz-zzz...[1] –jadeó amargamente el culto díptero, que apenas podía batir sus transparentes alas deformadas por la azotaina.

–Calla, calla –dijo el almirante, agobiado, sin aliento para aconsejar al bicho infractor que no abrigase esperanzas.

–¡Zzz! ¡Zz, zzzum! Zt[2] –agregó el mosquito en un zumbido reflexivo y lastimero, como si en ese lamento se le fuese la vida.

–¡Dímelo a mí, ay, que me han quitado el mando mis propios hombres! –respondió el almirante, moviendo tristemente las cadenas que colgaban de sus grilletes.

Era un mosquito viejo y sabio, pues el asunto, en efecto, no terminó ahí. El castigo ejemplar infligido al insecto era insignificante y nada ejemplar a juicio del capitán. Sus órdenes fueron muy claras, dijo Apolonio de Anzuelo y Tarambana: había demandado total y estricto silencio, que nadie respirase hasta nueva orden. Y al decir “nadie hasta nueva orden”, significaba eso, sin excepción: nadie hasta nueva orden.

–Falta lo mejor –dijo el capitán–: ¿quién respiró sin mi consentimiento?

Si dejaba pasar por alto este pequeñísimo detalle, por insignificante que pareciera, pensaba Apolonio, fomentaría la insubordinación y, tarde o temprano, le faltarían al respeto, se burlarían de él [como en efecto ocurrió con el anterior capitán de *La Vagamunda*] y cuando menos lo pensara, ¡zas, otro motín! Formó a la tripulación en línea y pidió a sus navegantes que respiraran aliviados uno por uno. La inspección comenzó con el segundo de a bordo, siguió con el contramaestre, después el piloto y así sucesivamente hasta que el joven grumete, captor del mosquito, se delató una vez que el capitán ya lo había descartado, justo en el momento en que respiró aliviado. Apolonio de Anzuelo le lanzó una rápida y severa mirada, que el marinerito no resistió. Estaba perdido.

Lorenzo dio un paso al frente y, hecho un mar de lágrimas más saladas que las aguas del océano, se declaró culpable de haber respirado sin permiso del capitán, suplicando clemencia. La verdad, Apolonio le había tendido una trampa, y el grumete cayó redondito. El capitán sabía que el miedo traicionaría al infractor y terminaría confesando, así que cuando se volvió hacia él, fue sólo por mera casualidad. Pero ni el arresto ni el valor ni la juventud del grumete conmovieron a su capitán.

La camarilla de *La Vagamunda* solicitó piedad para el muchacho; el barco entero imploró compasión para el mocoso; el mosquito y el almirante, desde sus celdas, imploraron misericordia. Apolonio no escuchó ni al mar, que se rebelaba con una nueva tormenta; pero fue indulgente, por primera y única vez en su vida pendenciera. A fin de cuento, el grumete había atrapado al mosquito rebelde y había confesado su culpa. Por ello Lorenzo recibió

solamente cincuenta azotes, fue sometido a pan y agua, recluido en la inhóspita galera durante treinta días y, al término del mes de confinamiento, fue lanzado al ojo del primer remolino que encontraron en su camino.

Y es a partir de entonces que sus hombres bautizaron al primer mando de la fragata ligera *La Vagamunda* con el nombre de Capitán Implacable, fama que arrastraría como grilletes el resto de su vida y después de muerto, como ya se ha visto.

¿Es necesario agregar qué sucedió con el tesoro del galeón que zarpó hacia Portugal? ¿Que el obstinado capitán finalmente le dio alcance? ¿Que yace en una isla desierta, junto con diecinueve navegantes portugueses y un napolitano, donde el mismo Capitán Implacable les dio sepultura?

---

1 "Lenguaje, eres demasiado estrecho y demasiado débil para consolarnos; la aflicción extrema no puede hablar..." [citando a John Donne; traducción directa del zumbidovsky al español por el cronista de esta épica].

2 "¡Oh, qué cosa es el hombre! ¡Qué distante del poder, del descanso y la paz establecida! Es por lo menos veinte hombres diferentes en una hora" [citando a Georges Herbert, según las crónicas más aceptadas de este episodio].

CAPÍTULO IV

EN QUE SE CONTINÚAN LAS LEYENDAS BLANCA
y negra de san Apolonio el Implacable,
del extraordinario encuentro que
tuvo con el Destino y cómo fue
que dejó de comer peras.

Las variantes del encuentro del Capitán Implacable y el Destino son múltiples, mas ésta es la que el Abogado del Diablo fue incapaz de rebatir cuando fue canonizado nuestro fundador, hecho que es origen verdadero de la leyenda bicolor de san Apolonio.

El capitán de *La Vagamunda*, tendido cuan largo era al pie de un olmo, cerrados ya los ojos, estaba a punto de caer en un sueño reconfortante. Y sin duda lo hubiera hecho de haber permanecido en esta ensoñación, de la cual salió como a empellones sólo para entrar en una pesadilla de inadvertido recogimiento espiritual.

Al abrir los ojos creyó distinguir, a contraluz, una figura extraña pero familiar, que se interpuso casi de bruces sobre su oreja izquierda, entre él y la cálida sombra del olmo y el refrescante sol de Isla de Hornos. Era el Destino, indiscutiblemente. Quienquiera que los haya visto en ese momento [si alguien los vio] pensaría que uno le espulgaba la cabeza al otro o murmuraba un secreto al oído, y quienquiera que imaginase esto se equivocaría diametralmente. Cuando el Destino, que seguía los pasos del Capitán Implacable desde hacía muchos años, le dio por fin alcance, se acuclilló de manera que sus labios rozaron la cabellera de su víctima, para hablarle fuerte y claro con su enérgica voz, aunque aguda y estrepitosa, casi infantil.

Hasta donde la memoria de Apolonio alcanzaba a imaginar, el Destino era delgado, mas de constitución gruesa; de su boca escapaba un cálido vaho, que al contacto con la piel helaba el hielo. Vestía una casaca de color azul intenso, casi negro, como el ojo de un remolino, y un sombrero de cuatro picos que apuntaban, con mayor exactitud que una brújula, hacia los cuatro puntos cardinales, sin margen de error. Sobre su cabeza se escuchaba un lejano rumor, un siseo, como el zumba que rezumba de una mosca, o más penetrante y combativo, como el de un mosquito.

A pesar de lo familiar que le parecía esta figura al Capitán Implacable,

nunca pudo identificarla, si es que realmente la vio y correspondía, en efecto, a la del Destino. Tampoco supo nadie [y jamás se sabrá] de qué hablaron ni por cuánto tiempo, o si dirigiéronse palabra alguna, ni el porqué de este encuentro; pero se cree que apenas el Destino pronunció la primera letra de su nombre, al capitán se le erizaron para siempre los cabellos, que encanecieron al instante, y sus apretadas mejillas adquirieron un ligero tono purpúreo y la mirada, antes cruel, se tornó triste como la de un perro noble.

Cuentan que el Destino, no contento con tanto lío aunado a la repentina metamorfosis, al finalizar el encuentro se comió la pera, que no había recibido más de tres grandes mordiscos, y que por eso Apolonio jamás volvería a comer peras, pues, sumido en el trance emergente de la duda, nunca pudo discernir quién de los dos comió en realidad el jugoso fruto, ¿fue el Destino hambriento de adictos a nuevos caminos, o el capitán ansioso de una epifanía?

Tan grave dilema ha dado lugar a novedosos estudios psicológicos en torno a la *pirafobia*, es decir, la aversión a las peras. Sin embargo, en San Apolonio el Implacable nadie llama a este síndrome por su nombre científico; la insólita antipatía a las peras es mejor conocida como el Mal de la Fatalidad. Cabría suponer, ya que la sufrió un iluminado, que son muy apreciados quienes la padecen. No es así, más bien son temidos, porque nunca se sabe qué puede esperarse de ellos.

CAPÍTULO V

QUE DA NOTICIA DEL MOTÍN DE
La Vagamunda, el cual puso
fin a la leyenda del Capitán
Implacable, y de por qué
figura un mico en el
escudo de armas
de la ciudad.

Cuando el Destino alcanzó al capitán de la fragata ligera *La Vagamunda*, aquél le reveló cosas tan increíbles que de un instante al otro su cabello encaneció; su rostro, más o menos rollizo, se tornó enjuto, y las mejillas adquirieron un tono purpúreo, de tal manera que a partir de entonces se vio obligado a esconderlo, pues adonde iba despertaba suspicacias y miedo.

Al dejar la sombra del olmo, el Capitán Implacable desconocía la divina metamorfosis que había sufrido, y por carecer de espejo no pudo darse cuenta sino hasta que llegó a la taberna de *El Perro Cojo*, donde estaban reunidos los tripulantes de *La Vagamunda*. Nadie tuvo agallas siquiera para decir pío. Temiéndose un severo castigo –la muerte, por ejemplo– si le preguntaban a qué se debía esa transformación, los navegantes preferían callar, pero comenzaron las habladurías entre los muy cobardes, a espaldas de su comandante. Bajo estas circunstancias, *La Vagamunda* se hizo a la mar, por última vez con el Capitán Implacable al mando, en el año 1578 de Nuestro Señor.

Desde que zarpó de Isla de Hornos nada marchó bien. Apenas el Capitán Implacable puso un pie en la escalerilla, las ratas huyeron despavoridas, presagio que no pasó inadvertido ante la muy cansada vista del viejo Snake, el filoso cocinero inglés. Las ratas, dicen los hombres de mar, perciben el peligro cuando se avecina y prefieren evitarlo, su instinto y prudencia son mayores que los de muchos intrépidos.

Y las ratas no se equivocaron. Esa misma noche un tifón azotó el barco. Pese a los esfuerzos del capitán y el hábil timonel, fue imposible dominarlo, de tal suerte que los huesos de algunos marineros hallaron descanso en el fondo del mar. Al día siguiente, un bergantín español al servicio de Su Católica Majestad sorprendió a *La Vagamunda* con catorce cañonazos, todos

con más o menos desatinada puntería, por fortuna para los corsarios. Aunque finalmente escaparon, los españoles lograron hacer un agujero en la quilla, tan grande que poco faltó para que el barco se fuera a pique. Tras una dura jornada, la cuarta noche, mal que bien reparada la nave, intentaron asaltar una goleta; apenas tuvieron la nave a punto del abordaje, cayeron en la cuenta de que era *El Holandés Errante*, un velero fantasma tripulado en tiempos no tan lejanos por filibusteros, ahora muertos vivos.

Así como los vasos medio vacíos pueden estar medio llenos, en el fondo algunas desgracias son obra de la buena ventura. *La Vagamunda* había corrido con suerte, pues una vez avistado un barco, difícilmente escapaba al embrujo de *El Holandés*, y la perniciosa fama de los piratas era tan insoportable para Felipe II de España, que les había declarado la guerra a muerte impía, sin mediar juicio ni confesión. Pocos –nadie, de hecho, ni Bonifica Regidor– interpretaron positivamente las vicisitudes.

Amaneció el quinto día, cuando nada sucedió y todo ocurrió. Los hombres continuaban murmurando, cada vez con más fuerza, a espaldas del capitán. Comentaban que era otro y no el mismo, que el color de su piel se debía a una maldición diabólica, que su rostro enjuto era el claro prefacio de la peste negra. Tampoco se explicaban cómo, de un día al otro, la mirada del Implacable se había tornado dulce.

–Sólo hay un camino –dijo Arrigo, el contramaestre italiano nacido en Creta– y hay que tomarlo sin el capitán.

Reunidos en la galera, esa misma noche los marineros iniciaron el famoso “gran motín” de *La Vagamunda*. El plan era sencillo: deshacerse del capitán y ceder el mando al piloto, que también se hallaba entre los confabulados, por ser el marinero de mayor experiencia y el único de la flota que tenía el espíritu tan contrahecho como el que, se pensaba, aún hervía en la sangre del Capitán Implacable.

Cuentan también que esa misma noche en la cabina, mientras Bonifica Regidor corregía el curso de la nave en compañía del capitán, Apolonio el Implacable le susurró:

–¿Tú también, Bonifica?

Pero Bonifica Regidor no era tan perverso como aparentaba: dormía con la luz encendida. Al escuchar estas palabras, el piloto abandonó el motín y delató a sus camaradas. Así el Capitán Implacable escuchó, de boca de su hombre de mayor confianza, tal vez su amigo, el único, los detalles del plan fraguado por la tripulación toda, decidida a matarlo.

–Lo sabía, pero estoy atado de manos; cuando un hombre decide hacer una cosa, no hay poder humano que lo detenga –musitó Apolonio; sus ojos se clavaron con fijeza en la Estrella Polar, cifrando una extrañísima esperanza en la intervención divina. Volvió la mirada hacia su amigo y añadió–: Ahora que

tú quedarás al frente, no olvides que el hombre es un animal de costumbres, y a estos perros los acostumbré a lo peor, incluso a traicionarse a ellos mismos.

–Yo no –replicó resuelto Bonifica, imaginándose desde ya colgado del palo mayor.

Aunque la luna y las estrellas brillaban intensamente, como el sol al filo del crepúsculo, ni el vigía ni nadie percibió que uno de los pequeños botes de *La Vagamunda* se hacía a la mar clandestinamente, con un mico y tres hombres a bordo: Apolonio el Implacable, Bonifica Regidor y Snake, el viejo y filoso cocinero inglés, quien realmente había dado el pitazo al capitán y previó la escapatoria, dejando caer un fuerte narcótico en la sopa de lentejas.

–He cometido atrocidades imposibles de imaginar, menos la traición –le explicó Snake al Implacable–; siempre he sido fiel a mis principios. Mis días están contados, capitán, no voy a empeñarlos por un sucio e insignificante motín... *What the heck!*

Durante seis noches y una mañana navegaron sin rumbo, hasta que el mar devolvió a tierra firme la pequeña y frágil embarcación, como si Poseidón temiese que Apolonio le contagiara su mala fortuna. Estos fueron los últimos días que pasaron en el mar los fugitivos, incluido Biko, el changuito somalí, lo cual explica por qué en el escudo de armas de San Apolonio el Implacable figura un mico con un clavel entre los dientes, en perfecto equilibrio sobre la punta de una espada cruzada por dos flechas, cuyas puntas miran al noroeste la primera y al sudoeste la segunda. La espada, se entiende, es san Apolonio; las flechas representan a Bonifica Regidor y a Snake, y el changuito es un símbolo de lealtad en homenaje al viejo y filoso cocinero inglés. La imagen se compuso de tal manera que recordara a los apolonienses que el pueblo sentó sus reales merced a la tierra fértil de la lealtad, y creció como una flor que se abre al sol del verano, sobre la indestructible roca de la amistad, que a pesar de tomar senderos opuestos, siempre parte de un punto común para volver a cruzarse en el camino.

CAPÍTULO VI

QUE REFIERE LAS CIRCUNSTANCIAS EN QUE tres náufragos y un mico salvaron el pellejo gracias a un dolor de muelas, hecho que diera lugar a los Tiempos de la Indeterminación.

Cuentan que el mismo día que salvaron el pellejo Apolonio el Implacable y sus compinches, aun creyéndose perdidos, nunca blasfemaron, lo cual agradó a Nuestro Señor, quien les concedió llegar sanos y salvos a tierra. Si bien el mar los trató generosamente al permitirles sobrevivir para morir después como Dios manda, de viejos y en cama –contrario al destino que habrían sufrido de haber continuado con su pendenciero proceder–, cuando pisaron tierra firme, los indígenas que recibieron a los náufragos les prodigaron menos cortesías.

Aún tenían la boca reseca y sal en los labios cuando fueron sorprendidos por los aborígenes, quienes, atándolos de pies y manos, los llevaron como costales de azúcar a la capital del Reino de Arcilla.

La Ciudad de Barro se hallaba en el corazón de una tupida selva, en el remanso de un islote. Los hombres occidentales eran bien conocidos en la región; españoles, turcos, holandeses y sirios, en estricto orden, habían intentado despojarlos de sus tierras, y así como llegaron fueron expulsados, dejándolos con las manos vacías, diezmados o cocinados. Eran bravos guerreros y brillantes estrategas los arcillanos, y menos incivilizados de lo que se cree. Cuando unos misioneros portugueses se aventuraron en el Reino de Arcilla, los nativos los recibieron cordialmente y aprendieron su lengua tan bien como la propia, pero no renunciaron a sus creencias.

La Ciudad de Barro, a la cual se le atribuyen cualidades maravillosas, figura en algunas relaciones históricas. Sin embargo, únicamente en la historia de san Apolonio el Implacable cobra justa dimensión. Mitólogos, antropólogos, historiadores y demás estudiosos del tema afirman que nunca existió, que fue creada para explicar ciertas lagunas de la leyenda del Capitán Implacable. No se les puede reprochar su falta de fe, ya que en este punto de la blanquinegra leyenda –como se acordó señalarla después de que el sabio

Docto Petronio puso fin a la controversia– hay tres versiones que coinciden en un singular punto: la magnífica curación del Gran Mormirinqueador, quien había perdido el sueño debido a un terrible dolor de muelas.

Tal equívoco en el curso de la leyenda tuvo graves consecuencias sociales en San Apolonio el Implacable. En algunas familias, mientras el padre les contaba como verdad a sus hijos una versión, la madre los instruía en otra. La cosa no paraba ahí, pues los niños debían ir a la escuela, donde aprendían una tercera versión, la oficial. Varias generaciones, como es natural, crecieron aturdidas y con serias dudas; la fe de los apolonienses no menguó, pero vivían en medio de esta confusión, de tal suerte que eran incapaces de tomar una decisión. A esta época se le conoce como los "Tiempos de la Indeterminación". Tres o cuatro generaciones de apolonienses la padecieron, hasta que el Gran Consejo, que se encarga de las leyes aquí, solucionó la cuestión al añadir un artículo más a los 108 que entonces conformaban nuestro Código Civil, y que a la sazón reza:

> ARTÍCULO CIX. 1a. Quedan prohibidos, con el fin de proteger la conducta humana y preservar la convivencia pacífica entre los ciudadanos apolonienses, los matrimonios legendariamente mixtos en San Apolonio el Implacable. Esto es, hombres y mujeres no podrán vincularse legalmente en matrimonio en caso de divergir en la naturaleza de sus creencias respecto al fundador del presente H. Ayuntamiento.- -
>
> ARTÍCULO CIX. 2a. Específico: No podrá contraer legalmente matrimonio hombre o mujer que se incline por la "Versión 1" con mujer u hombre, que se incline por la "Versión 2" o por la "Versión 3". Tampoco podrá contraer matrimonio hombre o mujer que se incline por la "Versión 2" con mujer u hombre que se incline por la "Versión 1" o por la "Versión 3"..., etcétera.

Poco después, viendo lo absurdo de esta ley que tenía a numerosos enamorados suspirantes y con la cabeza gacha, se optó por elaborar una enmienda al artículo referido anteriormente:

> ARTÍCULO CIX. Exclusión: Quedan eximidos de este artículo las personas enamoradas, que juren bajo protesta de decir verdad, que de no haber conformidad en las versiones, tampoco habrá disputa en caso de tener hijos y educarlos en uno u otro sentido. Quedando así la educación moral de los hijos a cargo del H. Ayuntamiento, el cual será responsable de enseñar la versión oficial..., etcétera.

Pero este asunto de que la educación de los hijos quedara a cargo del Ayuntamiento porque los padres no se podían poner de acuerdo fue algo que a ningún apoloniense agradó, así que el artículo CIX del Código Civil finalmente fue derogado y el Gran Consejo solicitó entonces la oportuna intervención de Docto Petronio, que se encargó de llegar al meollo del asunto. Luego el tiempo fundió en una las tres versiones, prácticamente desconocidas en nuestros días. Lo único cierto es que, como ya se señaló, coinciden en un punto: el dolor de muelas del Gran Mormirinqueador, traducción al español

del nombre del sacerdote y monarca del Reino de Arcilla. Debió ser éste un serio y tremendo dolor de muelas, pues según es fama les permitió conservar sus vidas, aunque sea imposible asegurar que estuviesen en peligro de perderlas.

El caso es que, atados de pies y manos, los tres náufragos y Biko fueron conducidos a la Ciudad de Barro, donde permanecieron un día completo en estas condiciones, hasta que el Gran Mormirinqueador les concedió audiencia. Los prisioneros fueron desatados y llevados a la cámara central de la pirámide del Cubo Circular, donde comparecieron ante el príncipe, quien les dijo en portugués:

–La Suprema Totina Mechaca [“Quien Todo lo Sabe y Conoce”] me ha hablado de ustedes desde hace cuatro lunas llenas; pero su voz no ha sido grata como siempre –y se sobó con la mano derecha sus cachetes inflamados–. Ella quiere que ponga a prueba la ciencia que proviene de donde el mar termina. Si la superan, vivirán; si fracasan, hervirán en el caldero.

El viejo Snake tradujo las palabras del Gran Mormirinqueador y, precisamente en este punto del relato, se trifurca la historia. La primera versión afirma que el inglés, después de plantearles el problema a sus amigos y conferenciar con su antiguo capitán, eliminó el malestar del príncipe, haciendo gala de su experiencia como primer sacamuelas de *La Vagamunda* y otros barcos filibusteros; la segunda, que el autor de tal gracia fue Bonifica Regidor, asegura que le arrancó la pieza cariada de un puñetazo; la tercera, que avalan el Estado y la Iglesia, argumenta que este fue el primer milagro que obró Dios a través de san Apolonio el Implacable, a quien le bastó colocar una mano en los gruesos labios del Mormirinqueador, inflamados como sus cachetes, para que desapareciera la infección.

Hay otra versión apócrifa, que muy pocos han tomado en serio por considerarla una grosera cuchufleta, la cual adjudica a Biko tal milagro. ¿Cómo? Nadie ha podido desarrollar esta posibilidad de manera verosímil, así que este cronista no abundará en graciosas suposiciones.

CAPÍTULO VII

QUE REFIERE LAS SABIAS PALABRAS
Gran Mormirinqueador y cómo fue
que el Capitán Implacable
fue a dar al sendero de los
caminos opuestos.

Una persona civilizada pensaría que tres hombres desvalidos y un changuito somalí, arrojados a un territorio inhóspito ocupado por un pueblo guerrero, no verían la luz del día apenas fueran capturados. La civilizada persona que pensara de esta manera pronto se daría cuenta del error en que incurre si revisa la historia, que demuestra una y otra vez cuán impredecible es la conducta humana. Nadie sabe cómo reaccionará un hombre que se encuentra al borde de una situación poco menos que más allá del límite. La leyenda blanquinegra del Capitán Implacable prueba ello, amén de numerosos ejemplos que pueden hallarse en los libros sin necesidad de emprender una búsqueda exhaustiva.

El caso es que al verse libre de su terrible dolor de muelas, el Gran Mormirinqueador cayó al instante profundamente dormido, máximo deber del soberano del Reino de Arcilla; cosa que a los náufragos les resultaba razonablemente incomprensible, contraria a las leyes de la política. Ignoraban que la vida de los arcillanos dependía del sueño del Gran Mormirinqueador: cuando éste sufría pesadillas, presagio inequívoco del infortunio, el delirio cimbraba la vida de sus súbditos; pero cuando su soberano tenía sueños reveladores o visiones maravillosas, los arcillanos experimentaban de inmediato tales bondades.

Y esa tarde el Gran Mormirinqueador concilió un sueño angelical que duró seis días. Al principio los arcillanos pensaron que estaba muerto, pero en cuanto empezó a roncar como oso hibernando, lanzaron lalaíes de emoción y comenzó una fiesta que duró siete días, mientras los náufragos eran agasajados más que cualquier otro hombre en la Tierra, más de lo que en sueños soñaba el Gran Mormirinqueador. Apolonio se recogió en su dormitorio, que anteriormente habían ocupado los misioneros portugueses; Bonifica Regidor cantó y bailó con todas las mujeres de la Ciudad de Barro, y Snake tuvo oportunidad de regresar a la cocina para aprender nuevas recetas y

trucos culinarios. Al mico se le rindió culto y, se dice, edificaron un altar para venerarlo; por ello algunos historiadores han denominado a la civilización arcillana como la “cultura bikaria”.

Esa vida regalada le quedaba demasiado grande al Capitán Implacable. Después de haberse topado frente a frente con el Destino, la idea de que lo elevaran a la categoría de semidiós le era muy ingrata. Ya no podía eludirlo un día más, corría el peligro de volverse, irremediablemente, un hombre más desgraciado y triste de lo que ya era, como suele ocurrirle a aquellos que intentan escapar de su destino.

Llegado el séptimo Día de Fiesta, antes de salir el sol, Apolonio se echó encima un sayal que, hurgando en su aposento, había hallado en un arcón, y así, cubierto de pies a cabeza, vestido como monje mendicante para que nadie en su camino lo identificara ni gritase de horror al ver el color purpurino de su rostro y su cabello encanecido, abandonó la Ciudad de Barro y el Reino de Arcilla en busca de su destino final. Echó a andar en silencio, sin decir adiós a nadie, como una sombra en la tersa oscuridad del amanecer.

A las afueras de la Ciudad de Barro se encontró frente al Gran Mormirinqueador, sentado en una roca lisa, grande como una cama, con los ojos cerrados. Al parecer continuaba dormido, con una pipa de cáñamo larga y delgada colgándole al filo de la comisura de los labios. Apolonio el Implacable se quitó la capucha y se dirigió hacia él con la intención de despedirse y agradecer la hospitalidad de su pueblo, pero el máximo soberano del Reino de Arcilla se lo impidió.

–La Suprema Totina Mechaca me ha hablado en sueños durante seis noches –le dijo en español, observándolo sin verlo, con los ojos cerrados–. La Suprema Totina Mechaca me ha contado tu pasado y tu futuro. Sé por qué huyes y por qué buscas. Pero lo que buscas afuera sólo podrás hallarlo dentro, en lo más profundo de otros espíritus perdidos. Entonces el Destino y tú serán uno, y cuanto hiciste en otros tiempos quedará inscrito en los libros donde se escribe el pasado y se lee el futuro. La Suprema Totina Mechaca ha dicho que llegó el momento de hacer lo que debes hacer.

Apolonio, demudado, retrocedió unos pasos. Miró fijamente al Gran Mormirinqueador y se cubrió el rostro.

–Y escucha el consejo que, a través de mí, te regala la Suprema Totina Mechaca: escucha el canto del gallo y procura no perder de vista al sol durmiente.

Enseguida el Gran Mormirinqueador recuperó su aspecto ensoñador, como si estuviera en trance, fumó su pipa y desapareció tras una cortina de humo ambarino. El Capitán Implacable, con la sospecha a cuestas de que este episodio había sido un sueño del Gran Mormirinqueador, o en el mejor de los casos, una alucinación suya, y sin comprender en su totalidad las palabras que

le dedicara la Suprema Totina Mechaca, reanudó la marcha y encaminó sus pasos hacia el norte, sin mayor dirección que el sol durmiente para no perderlo de vista, tomando como ley el consejo del monarca bikario.

Cuentan que atravesó varias ciudades, establecidas, abandonadas y florecientes, y en cada una realizó un milagro; sin embargo, en ninguna de ellas permaneció más allá de lo que canta el gallo. Hasta que llegó al sendero de los caminos opuestos y tropezó con el Diablo.

CAPÍTULO VIII

QUE NO TRATA DE LOS MUCHOS MILAGROS
que hizo san Apolonio el Implacable,
sino de cómo Dios lo puso a prueba
por medio del Diablo y
cómo fue que sorteó
la tentación.

La mañana en que san Apolonio el Implacable se sentó en el punto donde se cruzan las vías del sendero de los caminos opuestos, tuvo su primer encuentro con el Diablo.

Había pasado mucho tiempo desde que salió de la Ciudad de Barro. Visitó tantos pueblos y ciudades como días tiene un calendario y en cada lugar, cuentan, obró toda clase de milagros habidos y por haber, salvo la resurrección de los muertos, cosa que el Dr. Frankenstein, siglos después, demostró que puede acarrear consecuencias inesperadas. El misterio de la vida y la muerte es cuestión ajena a toda ciencia conocida.

Como ya se dijo, sus andanzas antes de llegar al sendero de los caminos opuestos son tan numerosas que al relatarlas llenarían más páginas que una enciclopedia francesa, pero como nunca se atrevió a descubrir su rostro, temiendo que lo confundieran con un ángel caído, sus prodigios se los adjudicaron alevosamente otros santos, y para no incurrir en la misma osadía que estos oportunistas, no serán relatados porque sería injusto adjudicarle a san Apolonio milagros que se ignora si en efecto realizó. Además el tema de los milagros, como cuando hizo caminar de frente a todos los habitantes de un pueblo donde andaban de espaldas, resulta irrelevante frente a ciertos acontecimientos que a continuación serán referidos.

Entonces el Capitán Implacable no tenía conciencia de sus milagros, no se había enterado de que Dios lo había elegido. Él simplemente trataba de enmendar sus pecados de juventud y cumplir su destino. El reconocimiento le venía guango; no obstante, pronto se corrió el rumor de que existía un encapuchado que por donde pasaba, sin excepción, realizaba maravillas que sólo Dios [o el Diablo] podría hacer.

–Ese buen hombre no perdona un milagro –decía la gente con sentido del humor, y entre veras y burlas, comenzaron a llamarle *el Implacable*, tal como

hoy se le conoce, tal como lo habían apodado sus compinches traicioneros. ¡Qué paradoja! El bienaventurado Apolonio venía a toparse con la fama del pasado mientras huía de éste en busca de su destino final.

El caso es que cuando llegó al sendero de los caminos opuestos estaba agotado. Había ido de aquí para allá sin perder de vista al sol durmiente y tenía la impresión de que jamás dejaría de caminar. Pero finalmente pudo sentarse y Dios, que según la leyenda blanca en ese momento jugaba a los dados con el Diablo, señalando al filibustero redimido, le dijo:

–Observa, ahí tienes a un hombre arrepentido de corazón.

El Diablo le arrojó a Dios una mirada desdeñosa.

–No sabes lo que dices –repuso el Señor del Infierno–. Una palabra mía bastaría para que volviera a las andadas.

–Inténtalo –replicó Dios, sonriendo.

–¿Dos a uno?

–Dos a uno –aceptó Dios la apuesta, y el Diablo descendió en el acto a la Tierra, al encuentro del penitente.

Después de un rato, san Apolonio el Implacable se puso de pie, considerando que había descansado lo suficiente e iba siendo hora de retomar el camino. Pero ¿cuál? A lo lejos, de frente, se advertía una ciudad de blancas murallas, todas altísimas; del lado contrario, había un pueblo con casas muy pequeñas, de madera, y a uno y otro lado, dos ciudades idénticas. Hacía mucho calor y, no habiendo nadie en su derredor, se descubrió la cabeza para rascársela con gusto. Estaba confundido, no sabía qué rumbo tomar, pues en las cuatro ciudades se veía caer al sol durmiente. Quizás hubiera permanecido allí horas, días, semanas, meses tal vez, tratando de decidir cuál sería el camino correcto, de no ser porque un hombre a caballo se le atravesó. Era el Diablo.

–¿A dónde vas? –preguntó.

–Voy al lugar donde debo ir –respondió Apolonio el Implacable, sin ocultar su rostro, al cabo el hombre a caballo ya lo había visto–. El problema es que desconozco qué lugar es ése... ¿Podría indicarme dónde estoy parado?

El Diablo lo miró con fijeza; en sus ojos brillaron las llamas del Infierno.

–Estás en el sendero de los caminos opuestos –respondió–. Si quieres ir a donde debes ir, estás en el lugar correcto.

–¿Los caminos opuestos? –inquirió, girando en círculo, sin saber hacia cuál de los cuatro poblados mirar–. ¿Por qué lo llaman así?

–Cada camino conduce a cuatro pueblos distintos; pero sin importar cuál tomes ni a dónde quieras ir, siempre llegarás adonde no quieres llegar. Esas, por ejemplo, son las ciudades idénticas: si te diriges a una llegarás a la otra, y viceversa. Sin embargo, ninguna difiere, son espejismos. En cambio...

–¿En cambio qué? –se apresuró Apolonio.

–En cambio, la ciudad blanca de muros altísimos y el pueblo de madera son completamente opuestos: una es el Paraíso y el otro, el mismo Infierno.

San Apolonio el Implacable miró hacia todas partes hasta que el cuello le dolió de tanto girar. Miraba hacia uno y otro pueblo como un reloj de manecillas que ha perdido la cordura. Y, a decir verdad, algo había de eso.

–¿A dónde, a dónde, a dónde? –murmuraba incesantemente. De golpe levantó los ojos y examinó al hombre a caballo–. Y usted, ¿a dónde se dirige?

El Diablo aprovechó este momento de desconcierto para tentar al buen Apolonio. Con un leve movimiento de cabeza, señaló la ciudad blanca de muros altísimos, tendiéndole la mano amistosamente.

–Vamos a la ciudad perdida del Paraíso, donde no hallarás nada más que desolación –dijo el Diablo, revolviéndose en la silla de montar–. Sígueme, conmigo obtendrás lo que deseas, de lo contrario no hallarás nada que sirva a tus fines.

El hombre de a caballo sonrió. El Implacable agachó la cabeza, se cubrió el rostro y cogió la mano del Diablo, que se acomodó en la montura para darle espacio al elegido del Señor.

Anduvieron largo trecho del camino sin pronunciar palabra. El Diablo estaba feliz, por primera vez había ganado una apuesta: Dios se había equivocado. No cabía en sí de satisfacción.

–Sé quién eres –se atrevió a confesarle a su compañero de viaje–. Has hecho bien en seguirme.

–Yo también sé quién eres –replicó el santo–; pero permíteme corregirte: no vengo contigo, ni vamos al mismo lugar.

El caballo del hombre relinchó alborotado. El Diablo volvió el rostro hacia el encapuchado, atónito:

–¿Cómo es posible?

–Adonde tú vas no es el lugar al que yo quiero ir –explicó–, y como este camino o cualquiera de los otros, según me has informado, conduce a donde uno no quiere ir, he decidido que me lleves a donde tú no quieres que llegue, con lo cual podré llegar a mi destino.

El Diablo miró hacia delante y constató que conforme avanzaba hacia la ciudad blanca de muros altísimos, paraíso de infieles, comodinos y otras almas perdidas, se acercaban más al pueblo de madera, que era a donde san Apolonio el Implacable secretamente había decidido ir. Lleno de rabia, el Diablo comprendió que otra vez había perdido y rugió encolerizado, desvaneciéndose al instante como una llamarada que apenas despunta se apaga, para regresar con todo y montura directo al Infierno.

San Apolonio el Implacable se llevó tan fuerte golpe al perder el caballo, que nunca volvió a sentarse cómodamente. Mas el catorrazo bien valió la pena: había llegado, al fin, a donde el Destino, sin decírselo, dispuso a la


sombra de un olmo.

CAPÍTULO IX

QUE REFIERE CÓMO SEMBRÓ SAN
Apolonio el Implacable el virus
de la curiosidad en el pueblo
de madera.

Camino a la ciudad blanca de altísimas murallas, san Apolonio llegó al pequeño pueblo de madera, que era realmente pequeño. Todavía no acababan de construirlo, aunque era uno de los primeros asentamientos españoles allende las fronteras conocidas de la Nueva España. Un soldado castellano, Juan Segundo de Burgos, que llegó a estas tierras con Hernán Cortés, lo había fundado.

Juan Segundo participó en la conquista de México-Tenochtitlan y, al finalizar la guerra contra los aztecas, se las ingenió para hacerse de un magnífico botín. Mas inconforme con su tesoro, organizó una ostentosa expedición en busca de El Dorado. Y halló la mítica ciudad, pero nunca pudo entrar en ella. Ni Juan Segundo de Burgos ni sus 250 hombres sabían que El Dorado se halla siempre un paso más allá, de tal suerte que si el visitante desea cruzar sus puertas de oro puro, éstas se alejan lo suficiente para conservar, entre el visitante y la ciudad, una distancia equivalente a cien leguas, igual que lo hace un asustadizo gato.

Cansado de perseguir El Dorado, Juan Segundo organizó un campamento con la veintena de hombres que permanecieron a su lado y gastó casi el resto de su vida ideando un plan para penetrar en la ciudad. Casi, porque al cabo de los años también se hartó de pensar y la apatía lo fue consumiendo, lo mismo que a sus hombres. Así lo perdieron todo, incluso la ambición de vivir y el buen humor y la risa. Vivían porque no tenían nada mejor que hacer, y en este dejarse ir día con día creció lentamente el campamento, hasta convertirse después de mucho tiempo en el pueblo de madera al que san Apolonio el Implacable había llegado gracias a Dios y al Diablo.

La gente en este lugar ni siquiera tenía nombre, no hacía nada, salvo lo indispensable para no morir. Cuando un hombre se casaba con una mujer, por ejemplo, llegaba simplemente con ella y le decía:

–Vente.

La mujer, sin meditarlo, contestaba:

–Bueno.

Y ya estaban casados, sin fiesta ni cortejo ni nada. Lo mismo ocurría entre los niños cuando querían jugar:

–Vamos a jugar –decía uno.

–Juguemos –respondía el otro.

Se sentaban en el piso y se miraban hasta que se cansaban, tras lo cual acordaban que el juego había finalizado y regresaban a sus casas.

La verdad sea dicha, no eran tiempos muy divertidos para nadie. Desconocían la pasión y la desidia, la ira y la serenidad, el miedo y el arrojo, la cobardía y el valor, la diversión y el aburrimiento, la tristeza y la alegría, el odio y el amor... El pueblo de madera era un pueblo fantasma habitado por vivos, hasta que san Apolonio el Implacable convirtió a sus habitantes en personas de carne y hueso por las que pasa toda clase de emociones. Fue una tarea complicada que requirió de enorme sacrificio.

Cuando el encapuchado llegó al pequeño pueblo y nadie le dio la bienvenida, supo que por fin se había encontrado con su Destino.

–¿Será que la fama del encapuchado que obra milagros no ha llegado aquí? –se preguntó, e improvisó una ermita en la ribera de un río cercano antes de comenzar su tarea evangelizadora.

El primer día, san Apolonio el Implacable trató de predicar en la calle; nadie se detuvo a escucharlo. Luego lo intentó casa por casa; lo dejaron hablar, hablar y hablar hasta que cayó la noche, sin resultados.

San Apolonio regresó a la ribera del río y rompió en llanto. En unas horas, pensó, cuando el gallo cantara, no tendría más remedio que abandonar el pueblo. Pero al llegar el amanecer, sorprendido porque el gallo no cantó, volvió feliz al ataque, sin permitirse descanso ni conceder tregua alguna.

Le pareció que los habitantes del pueblo de madera oían atentos al encapuchado, como si estuviesen interesados en cuanto decía. La realidad era bien distinta, apenas reparaban en su presencia. Les contó de las mil y un maravillas que en sus viajes había visto; confesó sus atrocidades y hasta los injurió, sin causar el menor efecto. Eran inconmovibles. Y el gallo no cantaba.

Era similar a lo ocurrido con Juan Segundo: mientras más se acercaba a ellos, más lejos se encontraban de él. El Implacable daba un paso hacia sus corazones, y sus corazones retrocedían dos, ¿cómo era posible?

Agobiado, una soleada mañana de abril, a punto de darse por vencido, san Apolonio el Implacable se sentó a la sombra de un olmo que crecía justo en el corazón del pequeño pueblo de madera. Se quitó la capucha y, desconsolado, rompió en llanto como el primer día. Entonces todos en el pueblo se volvieron hacia el hombre de cabellera blanca y tez púrpura. La primera en acercarse fue una niña.

–¿Qué tienes? –inquirió.

La niña desconocía el llanto; san Apolonio, en cambio, conocía muy bien la curiosidad, que advirtió apenas como una chispa en los ojos de la pequeña. Iba a responderle cuando recordó en ese preciso instante la leyenda de Juan Segundo y El Dorado, comprendiendo exactamente lo que debía hacer: alejarse de ellos para que se acercaran a él. San Apolonio agachó la cabeza y continuó con su llanto inconsolable.

–¿Qué tienes? –volvió a inquirir la pequeña.

–¿Qué tiene? –se acercó un niño.

La niña se encogió de hombros.

–¿Qué pasa? –preguntó una señora.

–No sabemos –respondieron los niños.

–¿Qué sucede? –investigó el esposo de la señora, que se aproximó al ver a los tres ahí reunidos.

Y poco a poco los pobladores fueron acercándose al peregrino hasta formar en su derredor un círculo perfecto y compacto. San Apolonio el Implacable permanecía en silencio, llora que llora a lágrima viva, sin escandalizar, y su llanto no cesó durante la noche ni al día siguiente, como si quisiera lavar con sus lágrimas el púrpura de su piel. Y así transcurrieron cinco, seis, siete días con sus siete noches, durante los cuales fueron sumándose a su pena inconsolable uno a uno sin excepción; mas llegado el octavo día, cuando no había un alma en el pueblo de madera que no llorase a moco tendido, repentinamente san Apolonio el Implacable se deshizo en una cascada de risas, incesante, imparable, contagiosa.

Surgieron entonces las mismas preguntas: ¿Qué tiene, qué pasa, qué sucede? E ignorándolos por completo, a cuanta duda saltaba, Apolonio respondía con carcajadas explosivas que tornaban el púrpura de su piel en un débil color rosáceo. La risa se fue apoderando uno a uno de todos los habitantes del pueblo, como una plaga incontrolable y feliz...

Habían pasado doce días con sus noches cuando súbitamente, al amanecer, el ¡quiquiriquí! de un gallo cruzó el pueblo de norte a sur. De improviso, Apolonio se levantó, rompió el círculo perfecto y compacto, y caminó y caminó hasta que se convirtió en un pequeño punto en el horizonte. Nadie lo reconoció al partir: el hombre de los cabellos blancos y el rostro púrpura había desaparecido porque su cabellera había recuperado su intensa negrura y su piel era tan colorida como la tuya o la mía.

La gente, sin embargo, seguía preguntándose qué pasaba, qué hacía, a qué había venido, cómo, cuándo, quién era, por qué vivían como vivían... Deseosos por saciar su curiosidad, algunos pueblerinos fueron en su busca, sin éxito. Siempre que lo intentaban, regresaban al pueblo con noticias inciertas en torno al hombre encapuchado, pero con novedades increíbles sobre lo que

habían visto en su búsqueda.

Otros se sentían decepcionados, llenos de coraje y de alivio; una dama entrada en años estaba muy contenta porque al fin se había ido el misterioso purpurino, y la niña que se había acercado a preguntarle por qué lloraba sentía una tristeza inmensa al recordar, entre brumas, como un sueño que se intenta volver a soñar, una de las historias que el encapuchado le había contado en casa, algo acerca de un pirata y un mosquito, de un señor llamado Apolonio y otro llamado Capitán Implacable, y quién sabe qué sobre el Destino.

San Apolonio había sembrado el virus de la curiosidad en el pueblo de madera y despertado así los más extraños sentimientos en el pequeño espíritu de sus habitantes.

CAPÍTULO X

QUE TRATA DE LA GRANDEZA DE SAN
Apolonio el Implacable, y cómo
fue que dejó de ser
Implacable.

Nadie volvió a ver al hombre de cabellos blancos y rostro púrpura, tampoco nadie supo, ni sabe, qué ocurrió exactamente con él. Teorías sobran, por supuesto. Algunos opinan que se convirtió en un ermitaño, cosa improbable, pues los elegidos de Dios, antes que alejarse de la gente, se acercan a ella; otros suponen que regresó al mar, lo cual no es tan descabellado, y hay quienes afirman que ascendió al Cielo tras librar una feroz batalla con el Diablo, que buscaba la revancha.

¿Es relevante? No, lo único importante es que cuando los habitantes del pueblo de madera salieron del letargo de la indiferencia, cuando despertaron de ese sueño sin adjetivos, se dieron cuenta de que en efecto habían estado como muertos en vida y, ahora que estaban plenamente vivos, debían hacer más que demasiado para recuperar el tiempo perdido.

El pequeño pueblo de madera donde Apolonio el Implacable tuvo su encuentro final con el Destino comenzó a crecer, mas no en tamaño. Las fronteras del pueblo no se han movido un ápice, sigue siendo tan pequeño como entonces. Construyeron la primera escuela, la iglesia y una casa grande, que después se convirtió en algo así como el palacio de gobierno; hicieron una plaza y, en torno al olmo del llanto y la risa interminables de san Apolonio, cultivaron un jardín.

Sólo faltaba una cosa: bautizar al pueblo que, por fin, cobraba vida. Se decidió por votación unánime llamarlo Villa del Capitán el Implacable, como decía la niña que se llamaba el hombre purpurino, y rehicieron la historia de la ciudad para que los nietos de los hijos de sus hijos jamás olvidaran cómo curarse del letargo de la indiferencia, en caso de que recayeran.

Cuentan que mientras todo esto sucedía, se estableció cerca de la villa un anciano ermitaño medio loco, que por hablillas supo de la existencia del pueblo y lo buscó hasta encontrarlo. Tenía por costumbre sentarse en el quicio de la puerta de su ermita, contemplando el cielo, y escribir historias que no le

contaba a nadie. Habría muerto de hambre de no ser por la gente, que solía llevarle provisiones, gesto que nunca agradeció. Comía en silencio y masticaba largo rato cada bocado; al finalizar, volvía a la escritura o a la contemplación del cielo. Nadie le reprochó que fuera tan huraño, a fin de cuentas, hablar poco o nada es parte del trabajo de los ermitaños. Sólo respondía cuando le formulaban una pregunta, dando siempre la misma respuesta:

–¿Qué hace?

–Dando la vuelta.

–¿La vuelta a qué, si no se ha movido?

–A la historia de un amigo –se limitaba a contestar.

–¿Eso es lo que escribe?

A lo cual respondía con un gruñido y el silencio. Así transcurrieron varios años, hasta que un día el viejo anacoreta presintió su muerte. Guardó el manuscrito en una caja de latón, bajó al pueblo y empezó a cavar un profundo agujero al pie del olmo donde tantas lágrimas y risas vertió san Apolonio.

–¿Qué hace? –le preguntaron los pueblerinos.

–Entierro la verdadera historia de un amigo.

–¿Para qué?

–Para que nadie la sepa.

–¿Y por qué no quiere que la sepan?

–A veces la verdad es dolorosa y sólo debe conocerse cuando a nadie le cause pena.

–¿Quién es usted?

Gruñido y silencio.

Cuando el ermitaño terminó de sepultar la caja de latón con la verdadera y volteada historia de su amigo, colocó una gran roca sobre el promontorio. Se quitó el polvo de encima y, antes de despedirse para siempre, advirtió:

–Si llegasen a preguntar por este ermitaño astroso, digan que aquí se vio por última vez a Bonifica Regidor, primer oficial de la fragata ligera *La Vagamunda*.

EPÍLOGO

AL PRIMER LIBRO QUE REFIERE LA
historia del Capitán Implacable,
mejor conocido como san
Apolonio el *ídem*.

Las autoridades de la Iglesia, reacia a admitir los milagros de Apolonio el Implacable, aceptaron su santificación gracias a uno de los muchos pontífices llamados Gregorio. Casualmente este Gregorio, antes de convertirse en Papa, desempeñó con ferocidad su papel como Abogado del Diablo en la cuestión de nuestro noble guía y fundador. Así la villa cambió de nombre oficialmente al de San Apolonio el Implacable.

Más adelante, uno de los Pío, o un Juan quién sabe qué número, expidió una bula para eliminar el contradictorio apelativo del santo, y de esta manera san Apolonio el Implacable se redujo tan sólo a san Apolonio. El pueblo pudo haber cambiado también su nombre, pero hubiera significado interminables papeleos burocráticos. Por ello, el Gran Consejo decidió incluir, a mano, la palabra *antes* entre *San Apolonio* y *el Implacable*, de la misma manera que incluyó un paréntesis, cambio que significaba asimismo un gasto enorme en papelería, volver a escribir los libros de Historia, actas de nacimiento y muchísimos otros problemas innecesarios. La bula papal, consideró el Ayuntamiento, generaría mayores confusiones que las suscitadas durante los Tiempos de la Indeterminación, y eso no sería nada bueno.

Como medida tajante, el Gran Consejo convocó a un referendo para decidir el justo nombre del pueblo. Todos votaron y la decisión, otra vez, fue unánime.

–Ningún Consejo va a venir a decirnos cómo debe llamarse nuestro pueblo cuando apenas sabe que existimos... Si es que lo sabe.

Los apolonienses optaron así por que el justo nombre del pueblo llevara con gallardía y virtud, a guisa de título nobiliario, el sobrenombre de san Apolonio, para no olvidar que incluso en épocas de vacas flacas, en la tempestad o en cualquier adversidad, siempre, nuestros actos deben ser, en cuanto a convicciones se refiere, implacables. Y de esta manera se lee en nuestra Constitución local:

VILLA DE SAN APOLONIO EL IMPLACABLE,
A DIOS GRACIAS.

LIBRO SEGUNDO

EN QUE EL CRONISTA SE OCUPA DE
los múltiples aprietos que acongojan
a los pequeños habitantes de
San Apolonio el Implacable,
así como de otras vicisitudes
no menos pintorescas
ni más cercanas a la
vida cotidiana.

PRIMER CAPÍTULO

QUE DA NOTICIA DEL PORQUÉ
de esta crónica y una
mariposa.

San Apolonio el Implacable es un pueblo pequeño y humilde, casi minúsculo e insignificante. También sus habitantes eran pequeños cuando solamente era un triste pueblo de madera perdido en el horizonte. Nada cuajaba aquí, ni la natilla, hasta que san Apolonio echó a llorar y a reír y su llanto y su risa formaron una laguna de lágrimas felices y virtuosas. A partir de entonces, el gran corazón de los habitantes está en armonía con las fronteras del pueblo. Y por fin cuaja la natilla.

Tampoco ha sido necesario ir más allá de San Apolonio el Implacable, excepto cuando ocurrió la tragedia –si es que puede llamársele tragedia– de los Toledo. Entonces supimos que hay cosas que rebasan toda frontera conocida. Por ello, doy testimonio de la existencia de la pequeña Villa de San Apolonio el Implacable.

Antes de que yo naciera, cuando papá era niño y jugaba canicas como los tahúres dominan la baraja, una mariposa entró a la casa de un señor Pedro Botero. Él era gordo y tenía un bigote rubio en cascada; era desaseado y ostentaba una panza enorme inflada por la avena, su único vicio, que ocupaba toda la casa. Ignoro cómo es posible que alguien pueda ser adicto a la avena, mas Pedro Botero lo era. La mariposa, en cambio, era delicada, como todas las mariposas, y los dibujos de sus alas parecían hechos por los ángeles; los colores, indescriptibles. Al día de hoy, nadie que haya conocido a la mariposa ha sido capaz de informarme si era de alas rojas, azules, amarillas o violetas. Cambiaban a la vista de un instante a otro.

A la mariposa le pareció un lugar muy adecuado para vivir el resto de su vida y se instaló allí, en el ángulo frontal izquierdo del techo. Pedro Botero le dio poca importancia a la mariposa y le permitió quedarse. Sin embargo, cambió de opinión cuando se llevó a la boca la tercera cucharada de avena en compañía de la mariposa. Resultaba harto fatigoso. Si alguien ha intentado comer avena en un sitio de extrema estrechura, sabrá cuán incómodo es. La mariposa también intentó extender sus alas y papalotear sobre la cabeza de su

anfitrión, pero le fue imposible.

Pedro Botero hizo a un lado su plato de avena y negoció con la mariposa en los siguientes términos:

–Tú y yo tenemos que discutir un asunto –dijo.

La mariposa parpadeó y plegó, aún más, sus grandes alas.

–La cosa es muy simple: si quieres quedarte, quédate, no tengo inconveniente; pero el problema es que mi apetito es demasiado grande, insaciable, no hay en el mundo otro igual, y este lugar es tan pequeño que no cabemos tú, yo y mi apetito.

Botero hizo una pausa y la mariposa volvió a parpadear. Escuchaba atentamente a su interlocutor.

–Aquí no cabemos los dos. Entonces, o te vas tú o me quedo yo. Sea cual sea tu decisión, la aceptaré de buena gana y sin repelar, palabra de honor –finalizó, con la mano derecha plantada en el corazón.

La mariposa reflexionó. Había algo tramposo en la propuesta de Botero.

–Tienes razón –dijo la mariposa–, con tanto apetito no puedo volar. La alternativa es razonable y esta es mi decisión: te vas tú y me quedo yo.

Pedro Botero se rascó la nuca y se peinó el bigote rubio, sin entender bien a bien cómo había caído en su propia trampa. Pero cumplió su palabra y empacó sus cosas. Él y su avena vivieron un tiempo breve en el Jardín del Camellito, hasta que la mariposa fue a visitarlo.

–Mira, Pedro Botero, el que era tu hogar es demasiado grande para una mariposa frágil y delicada como yo. Se acerca la época de lluvias y no tienes paraguas. Yo estoy muy sola y extraño tu apetito y el aroma de la avena cuando la preparas con canela. Pero sólo puedo alojar a uno. Podemos llegar a un acuerdo.

Pedro Botero se peinó el bigote y se rascó la nuca. No meditó mucho antes de hacer a un lado su plato y regresar a casa en compañía de la mariposa. Botero abandonó el vicio de la avena y al cabo de un tiempo podía vérsele paseando harto sandunguero, parlanchín y delgado como un joven atleta, siempre con una mariposa de alas espléndidas y multicolores revoloteando sobre su cabeza.

He contado esta vieja historia para que se den una idea de cuán diminuto es San Apolonio el Implacable. El tiempo va y viene sin que uno se percate. Algunos curiosos tienen por costumbre espiar el infinito con el catalejo del ilustre Descartes y Silvestre Tijerilla, su hijo. Y ven los altísimos muros de la ciudad blanca, que crece aceleradamente como una mancha de sopa al caer sobre el mantel. Quien mire de frente la Ciudad Amurallada pensará que es blanca como la pureza. Cuidado, porque podrían irse con la finta y cruzar el Gran Portón para penetrar en ella. Mucho cuidado, procuren mirar atrás y se darán cuenta de que está en ruinas y es negra negra como la conciencia del

Diablo. La Ciudad Amurallada ha crecido endemoniadamente los últimos años; avanza y devora cuanto se interpone a su paso. Crece y avasalla.

La Ciudad Amurallada es una pesadilla que amenaza a nuestro pueblo desde los primeros tiempos. Para protegernos de esta maldición hemos grabado el nombre de nuestro hogar en las arenas de la memoria y en las páginas del libro que nunca termina de escribirse. Sólo por precaución, para tener presente que existimos, y quiénes somos y a dónde vamos y por qué permanecemos de pie donde estamos bien parados. Por eso, y algo más, escribo esta crónica.

CAPÍTULO II

DONDE SE COMENTAN ALGUNAS CURIOSIDADES
del Jardín del Camellito, a propósito
del baile en exceso de unos
fulanos y zutanos.

Todos los caminos conducen al Jardín del Camellito. Al centro del jardín hay una fuente, el Surtidor Barquero, donde se yergue la estatua felina de san Apolonio el Implacable. Los rayos del sol chocan con la bruñida margarita de bronce e irradia, poco antes del atardecer, una luz rojiza en el verano. Entonces se interrumpe la energía eléctrica y eso basta para no quedar a ciegas.

Al mirar de reojo hacia el zócalo del jardín, uno tiene la impresión de que el santo bendice al pueblo [con su margarita en alto y el león a sus pies]; pero al observarlo con detenimiento, como un sello postal bajo la lupa, se tiene la sensación de que san Apolonio tiene los ojos puestos firmemente en el centro del horizonte, donde se sabe que reposa el futuro.

La margarita representa la naturaleza amorosa de sus habitantes; el león, el carácter atrevido e indómito de los apolonienses. En el pedestal, tallado en obsidiana, está el escudo de nuestra fortuna, divisa de nuestra historia. El escudo consiste en una espada, que apunta de día hacia el sol y en la noche hacia la luna. La espada está cruzada por dos flechas, que miran hacia los dos caminos que llevan a las ciudades idénticas en dirección opuesta. Finalmente, un changuito corona la espada. No es broma, el mico, explican en la escuela, es símbolo de recreación, de ahí que las cosas viejas siempre nos resulten nuevas.

Los domingos, el Jardín del Camellito luce sus mejores galas. Las muchachas se pasean del brazo de sus novios; los hombres al acecho del amor se mantienen siempre alerta y de vez en cuando nace allí un romance que termina en boda. La fuente funciona a partir de las diez de la mañana. Cuatro farolitos alumbran desde sus esquinas cuatro bancas, y los días 18 de septiembre puede verse por ahí al espíritu de Tacho Tachas, con expresión muy circunspecta, leyendo su periódico.

Cuando se vienen los calores primaverales, los padres permiten a sus hijos

bañarse y chapotear en la fuente, y alrededor de las nueve de la noche, el fondo del Surtidor Barquero ya es un cementerio de barcazas de papel, lo cual explica en parte su nombre. Aunque hay quienes tienen una teoría diferente y se inclinan por pensar que todo se debe a la heladería de Hipólito Porta [don Hipólito, si me hace usted favor], que por veinte centavos regalaba deliciosas nieves de limón en barquillos de sabores muy diversos. Es posible que sea un error, porque si fuera así, se llamaría el Surtidor Barquillero.

En fiestas patrias, el jardín se transforma en nuestra pomposa Plaza de Armas y, desde el Ayuntamiento, el Señor Presidente del Gran Consejo, llamado el Gran Consejero, dirige las festividades. Las campanitas de la Capilla Catedral repican durante quince segundos y los apolonienses se entregan al baile con tal gracia y fervor, que a la hora cero ya no hay quien recuerde su propio nombre. Al día siguiente, algunos se hallan en casa de Fulano, y Fulano en casa de Zutano, y así se quedan durante un año, hasta que vuelven a entregarse al baile y se reacomodan: Zutano regresa a casa de Fulano y Fulano a la de Zutano, como antes. Incluso bailar en exceso tiene consecuencias contradictorias en un pueblo de tan pequeñas dimensiones.

CAPÍTULO III

QUE TRATA SOBRE LA NATURALEZA DE
los habitantes de San Apolonio
el Implacable y del libro que
nunca termina de
escribirse.

Podría pensarse que en un pueblo de dimensiones tan pequeñas como San Apolonio el Implacable sólo pueden habitar enanos salidos de un cuento de hadas. Ni una cosa ni la otra: hay apolonienses de todos los tamaños, y aunque algunos personajes de este ilustre poblado bien podrían protagonizar un cuento maravilloso, nadie es menos peculiar y ordinario que otro. En contraste, eso sí, tenemos un alma tan grande que a duras penas nos cabe hecha nudo entre el tarso y el metatarso. Quizá lo único que esté en armonía con el tamaño del pueblo sea nuestra memoria, pues ocurre que olvidamos una pena o una agobiante pesadilla en cuestión de segundos.

Aunque nadie sabe a ciencia cierta de qué tamaño es la memoria –no existen métodos confiables para medirla–, un médico egipcio, mientras embalsamaba al poderoso Keptamuteops II, halló la memoria del faraón con todos sus recuerdos. Era una pelotilla del tamaño de una nuez, ubicada justo en la punta más elevada del espinazo, muy carnosa en apariencia y similar a un barril sin fondo cuando se observa morosamente su interior. ¡Qué no ha de haber visto el sabio egipcio al examinar los recuerdos de su rey!

Volviendo al tema de la memoria, antes de olvidarlo, si la descripción del sabio egipcio es tan cierta como verdadera, imagino que la nuestra no es más grande que una uva y que su interior debe tener fondo, pues cuanto nos ha sucedido lo hemos escrito en el libro que no se termina de escribir. Nadie sabe cuándo ni por qué empezamos a hacerlo, ni en qué momento dejaremos de escribirlo, pero siempre que los jóvenes preguntan por qué el libro nunca termina de escribirse, los mayores responden:

–Para no olvidar las cosas bellas y recordar las desagradables.

–¿Y por qué debemos recordar las cosas desagradables?

–Para no olvidar lo que no debemos hacer.

Y, sin embargo, una y otra vez las repetimos. Por eso, porque nos inclinamos a replicar naturalmente las cosas que nadie quiere recordar, debe

ser nuestra memoria muy pequeña. También por eso pienso, a veces, que escribo esta historia de San Apolonio el Implacable, para perpetuar sobre cualquier recuerdo desagradable lo que más amo en el mundo.

CAPÍTULO IV

DE LO QUE SUCEDIÓ CON EL MEJOR
amigo de don Elías Vallegro
y cómo es que llegó
a China.

Quizá por compartir ciertas aficiones, el mejor amigo de don Elías Vallegro era el sepulturero, Juan Crisóstomo Descartes, de los Descartes de San Apolonio, que nada tienen que ver con el célebre pensador francés al que se le ocurrió aquello de "pienso, luego existo" [aunque nadie a la fecha termina por entender qué quiso decir con eso]. Sin embargo, por su carácter meditabundo, algo de filósofo, o de gato amante de la luna, tenía Juan Crisóstomo.

No siempre fue así; en su juventud era un gran calavera y un donjuán en toda la extensión de la palabra, lo mismo que Vallegro. Su casa, ubicada en el centro, era una de las más antiguas del pueblo, y las raíces de su árbol genealógico, afirmaba, llegaban hasta don Juan Segundo de Burgos. Su madre llegó a pensar que jamás sentaría cabeza, pero se equivocaba de punta a punta.

Una noche de parranda, Descartes fue a dar a una caverna, donde permaneció sentado de espaldas a la luna, viendo como hipnotizado la espesa oscuridad de la cueva, hasta que se le pasó la borrachera. Al despuntar el alba, retornó a su hogar, cogió una pala y, esa misma mañana, abandonó la casa de sus padres para establecerse al margen del pueblo, cerca de la carretera que lleva al sendero de los caminos opuestos y por donde rara vez circula la gente. Y allí empezó a cavar un profundo pozo.

Poco después, Elías Vallegro fue a visitarlo.

–¿Quihubo, viejo, qué haces? –le preguntó.

–Cavo mi propia tumba.

Don Elías Vallegro celebró la previsión de su amigo. Al cabo, ¿qué hacemos en esta vida, sino ir muriendo día con día? Además, él era el sepulturero y nada mejor que hacerse cargo uno mismo de este delicado asunto.

–Hay fiesta en casa de Poético Noé.

–No puedo –repuso–. Estoy cavando mi propia tumba.

Entonces don Elías se encogió de hombros, sacó su pipa y se puso a

observar al amigo, en silencio.

La macabra actividad de Juan Crisóstomo y el empeño que ponía en ésta pronto generaron curiosidad. Mas a cuantos lo interrogaban, tajante, casi con tono grosero, les daba la misma respuesta:

–Cavo mi propia tumba.

La aparente descortesía no fracturó la amistad de Vallegro y Descartes. Cuando su compinche iba a visitarlo, se sentaba cómodamente en una gran roca con forma de trono y fumaba su pipa en silencio y en compañía de una buena botella de vino.

–¿Qué haces? –inquiría Juan Crisóstomo.

–Observo cómo cavas tu propia tumba.

Horas después, cuando Vallegro bebía la última gota de vino, regresaba a casa muy contento. Hasta que llegó el día en que les resultó imposible comunicarse.

Este inconveniente tampoco minó su amistad. Aunque cada vez con menor frecuencia, en compañía de su pipa y una botella de vino, don Elías visitaba el sitio elegido por Juan Crisóstomo para cavar su propia tumba, con la esperanza de que asomara de nuevo la cabeza. De vez en vez arrojaba al interior del pozo alguna nota con los chismes más recientes: "Me casé ya sabes con quién". "Te expulsaron de la Sociedad del Paraguas Verde; yo me opuse." "¿Recuerdas a aquélla? Mejor olvídala porque ella ya ni se acuerda." "¡Voy a ser papá!", etcétera.

Años después –para ser exactos, el día en que estaba por nacer Silvana–, don Elías recibió una carta con sello de la China, y fechada el año pasado. Con manos todavía temblorosas por la emoción que le causaba el alumbramiento en curso, leyó:

> Sigo cavando mi propia tumba. Felicidades por la boda. Seré el padrino de su primer hijo.
>
> Salud y recuerdos,
>
> JUAN CRISÓSTOMO DESCARTES

Su semblante cambió por completo y en ese preciso instante el doctor salió de la habitación de su esposa y le informó que había tenido una niña. Don Elías sonrió doblemente satisfecho.

–Con suerte –se dijo– podrá asistir a su boda cuando se case.

Don Elías se dirigió al pozo que había cavado Descartes y desde el borde gritó a todo pulmón:

–¡Se llamará Silvana y sí, serás tú el padrino!

No obtuvo respuesta, pero Descartes fue, en efecto, designado padrino *in absentia* de Silvana. Ya habían pasado algunos años sin mayores novedades de parte de ninguno cuando, justo el día en que se casó su hija, Elías Vallegro

recibió el siguiente telegrama desde un lugar tan lejano como la Patagonia:

> No tienes que gritar Punto Escuché perfecto Punto Felicidades Punto Manda retrato de mi ahijada Punto Sigo cavando mi propia tumba Punto Firma Juan Crisóstomo Descartes Punto

CAPÍTULO V

QUE TRATA DEL EMINENTE SEÑOR CABO
Suelto y de por qué no usaba sombrero,
así como de los beneficios que
procuró a esta villa.

El eminente Cabo Suelto es nada menos que el hombre del paraguas verde olivo y clavel blanco en el ojal de la solapa. Es necesario aclarar que, a diferencia de la mayoría de los hombres que portan un clavel en el ojal de la solapa, como el espíritu de Tacho Tachas, no usaba sombrero. Según Cabo Suelto, es perjudicial, pues las ideas se asfixian en la testa, y las que sobreviven no pueden volar libremente y terminan agobiadas en la pelona. También argumenta que detesta los sombreros por ser hombre de sangre fría y calvo como un cuervo, y es que con la reluciente calva a pleno sol, arguye, se pueden cocinar mejor sus brillantes ideas.

El eminente Cabo Suelto, cada martes 1º de mes, organiza sesudas conferencias sobre la manera correcta de apagar una fogata o prender una chimenea. Al parecer, el hombre sin sombrero del paraguas verde olivo y clavel blanco en la solapa estaba reñido con el fuego. Cuando alguien conversa con él, sin importar el tema, ataca con ferocidad a este elemento.

–Y la familia, señor Cabo Suelto, ¿cómo está?

El eminente pirólogo bufa y, escudriñando el firmamento, responde:

–La familia bien, pero mire usted, yo tenía un amigo a quien el fuego... –y no hay poder humano que detenga su invectiva apasionada contra el fuego.

Así empiezan también sus conferencias, con una larga anécdota de ese amigo al que nadie conoce. [O tenía muchos amigos perjudicados por el fuego, o el único que conservaba era muy afortunado para soportar tantas desgracias.] Desde que impartió el *Primer coloquio sobre la manera correcta de apagar una fogata o una chimenea* no ha faltado a ninguna de sus citas los martes 1º, ni los apolonienses han dejado de asistir. El día previo se prepara el Jardín del Camellito para celebrar el coloquio y disponen un podio, en el cual Cabo Suelto hablará sin parar hasta que caiga la noche, empuñando su paraguas verde olivo como manguera de bombero. Los apolonienses, apiñados en la plaza, sentados cada uno en su propia silla, lo escuchan con

atención y toman nota. Sus charlas no varían una palabra, ni siquiera en las interjecciones; en cambio sí la pasión con que habla, los ademanes y los gestos [porque es muy gestual], al grado de que cada conferencia deriva en otra. Sin embargo, cuando confrontamos los apuntes, confirmamos lo contrario. Por ello es que todas reciben el nombre de *Primer coloquio*... y a la fecha esperamos, con ánimo de que no se realice, el segundo. Nadie le ha dicho que en este pueblo no hay fogatas ni chimeneas; pero es muy instructivo saber cómo debe apagarse el fuego cuando se sale de control, o evitar que se descontrole.

Gracias al hombre del paraguas verde olivo y el clavel blanco en el ojal de la solapa, el Gran Consejo advirtió la grave carencia de un cuerpo de bomberos. Discutieron el asunto con el eminente Cabo Suelto y, desde luego, solucionó la cuestión. Ese mismo día se constituyó oficialmente el Heroico Cuerpo de Bomberos de la Villa de San Apolonio el Implacable, integrado por un solo hombre, cuyo uniforme es color verde olivo, como el paraguas del sabio sin sombrero.

CAPÍTULO VI

DE CUANDO EL TIEMPO ABANDONÓ A LOS
apolonienses y del Bando Solemne que,
a propósito de este lamentable
sucedido, emitió el
Gran Consejo.

Fue en la víspera de la Nochebuena de los regalos cerrados que la época de la indeterminación comenzó oficialmente. Entonces, cuando nadie en San Apolonio el Implacable era capaz de tomar una decisión, nos convertimos en personas fluctuantes y odiosas y terminamos por desquiciar al Tiempo, que se marchó sin dejarnos más que los dedos de las manos y los pies para contar las horas, y el frío y el calor para determinar si atravesábamos invierno o verano.

–¡Qué tiempos –decía uno–, hace un calor otoñal!

–Yo diría que es un frío primaveral –replicaba otro.

Nada puede reprochársele al Tiempo, soportó muchos cuestionamientos absurdos. Pero no hay mal que dure cien años y finalmente fueron superados aquellos días aciagos. Los apolonienses se toparon con que sus calendarios se habían estancado como el agua turbia en ese fatídico miércoles 23 de diciembre. El problema requería la atención urgente del Gran Consejo. Sabíamos que tarde o temprano el Tiempo recuperaría la cordura, que recapacitaría y volvería a mirar a nuestro pueblo con indulgencia y a pasar sobre nosotros, segundo a segundo, minuto a minuto, para conducirnos dulcemente hacia la vejez. Pero mientras no ocurriera eso, había que encontrar una solución.

Al cabo de largas deliberaciones, el Gran Consejo, que siempre obtiene provecho de las adversidades, emitió un Bando Solemne, argumentando así el motivo de su fallo:

PRIMERO. Siendo que en la Villa de San Apolonio el Implacable no hay nieve ni frío extremo, ni sequía ni calor asfixiante, y en virtud de que nuestros campos siempre verdes están floridos, y que una cosa sin la otra no es posible, nada puede indicarnos si es lunes o jueves, septiembre o marzo, otoño o primavera.

SEGUNDO. En vista de que los regalos navideños, alborotados bajo los pinitos, perdieron la alegría que proporcionan durante los Tiempos de la Indeterminación; de que las brillantes esferas mudaron

en vidrios rotos y deslucidos; de que felices cartas navideñas parecen hoy tristes frases hechas sin destinatario, y en virtud de que el paladar de los apolonienses ha perdido el gusto que el buen pavo depara, el Gran Consejo decreta, a través del siguiente Bando Solemne:

1º. Para recuperar las alegrías que la víspera de la Navidad y el Año Nuevo proporcionan a los ciudadanos de todo el mundo conocido por nosotros, *id est* la Villa de San Apolonio el Implacable, sean todos los días por venir días de fiesta y se celebren como debiera celebrarse en su momento la Nochebuena.

2º. Que se obsequien y abran los regalos que no fueron otorgados ni abiertos, y se restauren o reemplacen los adornos navideños que antaño fulguraban en los hogares; que las cartas al Niño Dios y a los Reyes del Oriente sean rescritas y se envíen a sus destinatarios, y que el pavo sea degustado con placer, sin perjuicio ni mortificación para nadie.

3º. Que se dé vuelta a la página y se conserven todos los calendarios en día jueves 24 de diciembre, con el fin de cumplimentar el presente Bando Solemne, hasta que el Tiempo retorne a la Villa de San Apolonio el Implacable.

Y fue así como se decretó que los apolonienses festejaran, durante los años que fueran necesarios, las vísperas navideñas que debieron celebrarse en su momento, convirtiéndose todos los días en jueves de fiesta. Y los días obedecieron, cediendo su espacio a una Nochebuena permanente.

Ahora el Tiempo ha vuelto, los niños crecen y las barbas de los perros encanecen; al jueves le sigue el viernes, y al viernes le acompaña el sábado, y luego la primavera acude para reemplazar al invierno. Sin embargo, algunos calendarios reticentes, obstinados, tramposos, no indican fecha alguna que difiera del jueves 24 de diciembre, con lo cual la fiesta continúa y nuestras agendas se hinchan como globo de Cantoya con tanta ceremonia, pues siempre, con o sin motivo, hay algo que celebrar.

Cuando se presenta una fiesta imprevista en el programa –una boda o un bautizo, por ejemplo–, los interesados en llevarla a cabo solicitan al Gran Consejo que se declare “Día de Fiesta”, y así, para no violar el Bando Solemne aún vigente, se vuelven los calendarios al jueves 24 de diciembre y empezamos de nuevo la cuenta de los días.

Hasta ahora no se sabe de nadie que haya impugnado oficialmente el decreto –a excepción del espíritu de Tacho Tachas–, y el Tiempo se muestra complaciente con nuestros caprichos.

CAPÍTULO VII

DONDE SE REFIERE CÓMO LA TEORÍA DEL
“enamoramiento azaroso selectivo” fue
probada gracias a los esfuerzos
de Silvana Vallegro y
Álvaro Toledo.

En San Apolonio el Implacable es tradición enamorarse en el Jardín del Camellito. Las jóvenes se pasean por el jardín y los muchachos, sentados en alguna de las cuatro banquetas, las contemplan, sin proferir palabra. Cuando empiezan a sudar porque la sangre les hierve en el corazón y un temblorcillo de pasión los abruma al distinguir a la dama que será la inseparable compañera del resto de sus vidas, se levantan como electrizados por el sentimiento amoroso y se acercan a la mujer en cuestión. Entonces, a hurtadillas preferentemente, él se aproxima a ella y le murmura al oído:

–Señorita, es usted tan bella...

La mujer, más perspicaz que el hombre, finge sorpresa para no decepcionar al amante:

–¡Caballero! –replica–, muestre algo de respeto.

–Ande, no sea rejega –insiste el hombre–, míreme aunque sea con desprecio.

–¡Me ofende, jamás miraría con desprecio a nadie! –exclama ella, y se retira meneando cadenciosamente las caderas de aquí para allá, como un hipnotizador cuando hace pendular el reloj pendiente de la cadena.

El hombre llora su infortunio al pie del Surtidor Barquero, hasta que las aguas de la fuente se desbordan. En este momento, toma la determinación de hacer suya, a como dé lugar, a cualquier costo, a la culpable de tanto suspiro, de manera que al anochecer se presenta en su casa y toca la ventana. Ella, que ha calculado todo y cuenta incluso con la venia de sus padres, asoma tranquilamente la nariz, con un gesto ensoñador fuera de este mundo, y se deja raptar por el hombre antes de que el gallo cante dos veces. Al amanecer, las familias de los involucrados en el mimoso arrebato se muestran desconsoladas y unos a otros se censuran el agravio. Esta actitud dura cuanto tarda el cura Párroco en casar a los enamorados, quienes se presentan alrededor del mediodía con sus caritas bobaliconas y medio ciegos de

felicidad. Aquí no termina el cuento, pero lo que después sucede, ocurre a puerta cerrada.

Con irregular frecuencia los papeles se invierten, pues hay hombres que en verdad son muy tarugos, despistados o qué sé yo. Es el caso de Álvaro Toledo. No tengo por cierto en qué categoría encaja, pero sin duda Silvana habría podido despejar esta incertidumbre y catalogarlo con precisión astronómica. Álvaro era un muchacho muy avispado, mas no por ello dejaba de ser un vago de oficio y beneficio, revuelto con algo de filósofo. Desde las primeras luces hasta los primeros repiqueteos de las estrellas, pasaba el tiempo recorriendo los confines de la villa, siempre tras las faldas de una dama. Cuando se le preguntaba qué hacía, Álvaro, atento a su presa, agitaba la mano:

–No molestes ahora –respondía–, estoy a un paso de comprobar mi hipótesis.

Se trataba de su famosa teoría del "enamoramiento azaroso selectivo". Además de ser un vago muy avispado, Álvaro Toledo era más terco que una mula rebelde. Estaba obstinado en probar que un hombre cualquiera puede enamorarse a primera vista de una mujer, elegida al azar por equis circunstancia, sin importar de quién se trate, y viceversa. Se sabe que esto es tan posible que ocurre todos los días, aquí y en Trapisonda. El enamoramiento y el catarro son semejantes: ambos llegan cuando menos se lo espera uno; pero se diferencian en que el primero se queda y se transforma en amor, y el otro, con un delicioso té de flor de buganvilla calentito, desaparece como los barcos al hundirse en el horizonte. Álvaro parecía que no estaba enterado y ponía harto empeño en demostrar su teoría.

En punto de las once de la mañana, Toledo se acomodaba en la misma banquita de la plazoleta, cruzado de brazos, la cabeza ligeramente gacha, la barbilla descansando en el pecho y, con mirada torva, exaltado, observaba a las mujeres, con una meta que variaba a capricho de un día al otro. Por ejemplo:

–Hoy será jueves de zapatillas rojas –se proponía aunque fuera martes, de tal suerte que al cruzar la plaza una señorita con zapatillas rojas, él brincaba de su asiento como electrizado y durante largas horas la seguía muy de cerca, tanto que la dueña de las zapatillas rojas casi podía sentir en su nuca la respiración tibia de Álvaro, y digo tibia porque la sangre nunca llegó a calentársele por completo.

Cuando los Descartes comenzaron la construcción del bergantín en la ribera del río, Silvestre Tijerilla le propuso participar en el proyecto. Sus padres aceptaron en nombre de Álvaro la invitación, considerando que ya iba siendo hora de que tuviera una actividad menos agotadora que filosofar en torno al amor para probar teorías mafufas. Toledo no tuvo más remedio que

presentarse diariamente en el astillero y acortar el tiempo que invertía tratando de probar que el amor es azaroso y selectivo. Fueron muchos años de prueba y error, prueba y error y, en fin, prueba y error.

Por esos días, la hija de don Elías Vallegro comenzó a frecuentar el Jardín del Camellito con puntualidad germánica a las once de la mañana, siempre ataviada de manera extravagante y nunca de la misma forma: ridículos colgajos por aquí, la cabellera peinada así, el labio superior pintado de azul y el inferior color carmín, incluso en una ocasión llegó en zancos a la plaza y se puso a chapotear en el Surtidor Barquero. Con esta pinta de loca y semejantes lances, creyeron que había perdido el juicio.

–Pobrecita de mi hijita –se quejaba don Elías–, vino a sacar el carácter de su padrino –luego el viejo enarcaba las cejas y agregaba, con renovado ánimo–: ¡Afortunadamente todavía no lo conoce!

El semblante de Silvana era más bien infantil y pícaro; sin embargo, tenía una mirada severa que delataba un carácter firme, decidido, mas no por ello dejaba de ser afable y mimosa como gatita. De estatura baja y ojos grandes sobre los cuales se alzaban las cejas arqueadas en punta como un permanente gesto de coquetería; de labios carnosos y cabellera negra y ardiente; cuando se soltaba el cabello, si alguien la miraba a pleno sol, corría el peligro de quedar ciego porque los rayos de luz se reflejaban en ella como en una pulida obsidiana. Al igual que Álvaro Toledo –y como todo mundo–, tenía algunos problemas con sus padres. Mientras don Elías lamentaba el destino de su hija, su madre comenzaba a preocuparse y la reñía.

–¡No sé por qué te empeñas en comportarte de esa tonta manera! –le decía muy ceñuda–. Jamás se te va a acercar un hombre, y mira que ya no eres tan niña.

El qué dirán a Silvana la tenía sin cuidado. La realidad es que la joven únicamente esperaba el momento en que Álvaro desechara la tesis del “enamoramiento azaroso selectivo” o terminara por corroborarlo en su persona. Quería ser su conejillo de Indias. Pero el azar y la torpe naturaleza de Álvaro se interponían con terquedad e insistencia entre ella y su deseo.

Una tarde, camino del astillero al Jardín del Camellito, Álvaro Toledo escuchó que alguien cantaba. El canto revelaba un dejo de melancolía y esperanza. Curioso, Álvaro torció el camino y dirigió sus pasos hasta el lugar de donde provenía la tonadilla. Apenas advirtió una figura de talle breve y negra cabellera, a sus espaldas, sentada al margen de la ribera. Toledo, tapándose ojos, nariz y orejas, echó a correr como alma que huye del Diablo. No se detuvo sino hasta que llegó al pueblo y a poco estuvo de derribar las puertas de mi casa.

–¡Eureka, eureka! –gritaba con voz entrecortada, respirando a todo lo que daban sus pulmones, sin recuperarse aún de la impresión y la accidentada

carrera.

–¿Qué pasa? –interrogué–. Pareciera que has visto al Diablo en persona.

Álvaro agitó las manos, miró al cielo, movió negativamente la cabeza, entreabrió los labios y se desmayó en mis brazos. Minutos después, cuando por fin pudo serenarse, me confió que había comprobado, al fin, su tonta teoría.

–Al despertar esta mañana me dije: voy a enamorarme de una sirena.

Hizo una pausa, con una sonrisa que le cruzaba la cara como una cicatriz de toda la vida. Lo miré inquisitivamente.

–¿No me digas que has visto a una sirena, justo aquí...?

–*¡Ecco!*

–¿Y...?

–¡Me enamoré de ella!

–¿Y...?

–Nada, hice lo que debía hacer: correr –y a manera de justificación, agregó–: Sí sabes qué puede pasarte si quedas encantado por una sirena, ¿verdad?

Para quien desconozca el mito de las sirenas, hay que saber que son seres fantásticos de belleza insólita; encantan a los hombres con su canto y una vez que se dejan seducir, éstos se convierten en seres sin voluntad. Por eso, si uno llega a toparse con una sirena, advierten los marineros, debe taparse los oídos para no caer hechizado por su canto.

–Luego entonces tu teoría es cierta, sólo en teoría –objeté–, pues no estás en condiciones de comprobarla.

–Claro que no –replicó Álvaro, manoteando casi de pie en la silla–, porque el hecho es que estoy enamorado.

–Pero ella no.

–Tal vez sí, y por eso me escogió azarosamente entre todos los hombres solteros de San Apolonio el Implacable.

Discutimos el asunto siete días con sus siete noches. Ya dije que era un terco, y es más fácil hacer ladrar a un gato que convencer a un necio de que está equivocado. Opté por dejar en paz el propósito del enamoramiento azaroso selectivo, y mi amigo, tras consultar el reloj y hacer algunos cálculos, decidió que ya iba siendo hora de presentarse a trabajar. Se lavó la cara y echó correr camino al astillero. No obstante, nunca llegó a su destino. O sí, mas no al que esperaba.

El desvelo y la agitación de cuanto había ocurrido hacía una semana vencieron a Toledo. Sus grandes y veloces zancadas pronto se convirtieron en breves y agobiados pasos de tortuga insomne; la cabeza le daba más vueltas que la Tierra al Sol y comenzaba a respirar por la boca, sofocado. Al cruzar lánguido el punto donde había visto a la sirena, lo invadió la curiosidad; pero

siguió de largo... unos cuantos metros, porque enseguida desanduvo los pasos andados para ir en busca de la sirena. ¡Ahí estaba, de espaldas, con una peineta en la negra cabellera, chapoteando en la ribera del río! Entonces le sucedió algo que sólo una vez en su vida le había pasado en mi casa: se desvaneció en el acto.

Al despertar se encontró en brazos de la sirena, pequeña y mimosa, enjugando con un paño el sudor de su rostro, con delicadeza e inusual cuidado. Álvaro la veía como entre sueños.

–¿Eres una sirena? –preguntó en un murmullo.

La sirena, como indicándole que no hablara, se llevó el índice a los labios, dispuestos en una tierna sonrisa que hizo transpirar al joven. Estaba perdido, la sangre hervía en su corazón.

–¿Me has hechizado? –preguntó.

La sirena apretó su cabeza contra su pecho y susurró:

–Tontito, eres tú quien me ha hechizado.

Y antes de cerrar los ojos para caer profundamente dormido, aconteció lo que Álvaro esperaba siete días atrás: la sirena se transformó repentinamente; mas no se convirtió en el ser perverso que nos legaron los antiguos griegos, sino en su futura esposa.

CAPÍTULO VIII

QUE REVELA LOS MOTIVOS DE CONGOJA
de una casa abandonada, y cómo
se ayudaron ésta y el gran
Poético Noé para remediarlo
lógicamente.

La Avenida Principal se interrumpe en medio del camino porque ahí se encuentran los cimientos de la casa más vieja de la villa, y el caserón, bien erguido. Para continuar el trayecto, es preciso rodear cuando se llega a este punto.

Esta enorme casa en medio del camino de este reducido pueblo fue construida por José y María, los niños en cuyas pupilas, por vez primera, chispeó la flama de la curiosidad que transformó al pueblo de madera en la Villa de San Apolonio el Implacable. Estuvo habitada hasta que acaeció el gran temporal de agosto, una tromba que causó graves daños en la aldea, particularmente en este hogar. Los descendientes de los Josemaría, al examinar los muros, el techo y el suelo de la mansión, consideraron que eran irreparables. Pero las apariencias engañan, y la casa tenía la certeza de que aún estaba en condiciones de albergar a una familia y darle calor de hogar; no obstante, sus esfuerzos por convencer a los Josemaría fueron vanos y éstos decidieron construir un hogar nuevo cerca del astillero, a las afueras de la villa.

La casa entristeció y se dejó arruinar lentamente. Primero se le cayó una ventana; luego los marcos de madera se hincharon; se oxidó la herrería y, finalmente, las polillas hicieron de los tapices su manjar predilecto. Incluso al heroico general Reventado se le cayó la lanza y se pandeó en su retrato, a tal grado que de no haber llegado Poético Noé, su pronunciada joroba habría terminado saliéndose del cuadro.

Poético Noé es el mayor poeta vivo o muerto entre los notables apolonienses, el más profundo, el más inspirado, el más vanguardista... En fin, que gracias a que existe el cielo, su imaginación tiene lugar en San Apolonio. Cualquier calificativo venido de mi pluma sería insuficiente para definirlo, así que dejo a la intuición del lector el perfil del artista.

Poético Noé recibió este nombre porque doña Juanita, su madre, dueña del

restaurante *El Roble* [que hace referencia al pino que está a la entrada del local] reconoció en la nariz aquilina del niño la singular sensibilidad que lo caracteriza y las proezas que habría de realizar. Y así, a pesar de las objeciones de su esposo, fue bautizado como Poético Noé.

También Poético Noé supo desde muy niño lo que haría con su vida y su nariz, fortuna de la que gozan pocos. Antes de los cuatro años ya escribía sonetos; a los nueve publicó su primera novela, que fue mal recibida por la crítica de *El Criticón*, diario especializado en materia literaria; esto le indicó a Poético Noé que iba por buen rumbo, recordando la célebre frase que nunca salió de labios del Quijote: "Los perros ladran, Sancho, señal de que en el camino andamos". A los trece años se le veía ir y venir de la biblioteca desde que abría sus puertas hasta que le echaban llave, con Poético Noé adentro. Allí se la vivía prácticamente, pasando una tras otra las páginas de un libro como transcurren las horas.

"Ese tal Poético Noé sólo ha leído un libro", sostenía *El Criticón*. "Pero lo ha leído muy bien."

A veces Poético Noé iba al taller del maestro Faber, el lapicero del pueblo, a jugar ajedrez. De hecho, se rumora que acaban de concluir una partida que iniciaron hace una década, declarando el duelo en tablas. El ajedrez es un juego de estrategia donde se enfrentan cabezas de mucha ciencia, y en verdad que de mucha ciencia eran las cabezas de los ajedrecistas enfrentados en ese taller.

Poético estaba por cumplir treinta años cuando, camino al taller del maestro Faber, seguro de la movida que pondría en jaque al lapicero, le sucedió algo que nunca le había ocurrido ni le ha vuelto a ocurrir: lo asaltó una idea y lo dejó en la calle, sin un mínimo fragmento de memoria.

Sin saber siquiera su nombre, el escritor vagó y vagó durante largas horas por las calles de San Apolonio el Implacable, hasta que cayó la noche. Fue una de esas noches frías que rara vez se presentan aquí; el sereno calaba los huesos de Poético Noé desde la coronilla [entonces ya asomaba una pequeña calva] hasta la punta del dedo gordo del pie. La calle estaba desierta y la luna iluminaba de lleno la vieja mansión en ruinas. Poético Noé enderezó sus pasos hasta el portón de la casa y tocó la aldaba, sin recibir respuesta. Tocó una segunda vez, por supuesto con idéntico resultado. Y volvió a tocar por tercera y cuarta vez, mas al llegar a la quinta, desistió.

–Si no hay nadie en esta casa, debe ser porque el dueño no está en ella –pensó lógicamente–. Yo no estoy en ella, luego entonces, soy su dueño.

Enseguida entró a la casa, que lo recibió de puertas abiertas. Al ver el estado en que se encontraba su supuesto hogar, las telarañas y el polvo acumulado como sal en el salero, recurrió a la misma la lógica:

–Si esta casa está en ruinas –pensó–, debe ser porque olvidé vivir en ella,

como olvidé todo lo demás. Luego entonces, debo repararla.

La voz de sus pensamientos era tan fuerte que un escalofrío recorrió el retrato del general Reventado y las paredes de la casa se cimbraron. Las puertas se cerraron a espaldas suyas y, a esas horas de la noche, alumbrado solamente por la luna, Poético Noé comenzó la ardua labor de restauración. Conforme avanzaba, encontraba por aquí o por allá, como una moneda sin dueño tirada en el piso, uno que otro recuerdo.

Una vida perdida no es algo que se recupere de la noche a la mañana. Poético Noé lo sabía y se consagró en cuerpo y alma a esta delicada tarea. Cuando pasaba frente al taller del maestro Faber, éste salía presuroso y lo invitaba a continuar con la partida pendiente.

–Tu turno –le decía.

El literato, desconcertado, seguía de largo. No es que fuera descortés, sólo ignoraba a quién se dirigía el señor de anteojos que componía lápices. Durante todo este *lapsus*, las manos de Poético Noé no tocaron una plumilla, ni siquiera un miserable carboncillo para escribir.

Al cabo de nueve años, cuando terminó de reconstruir la mansión y el heroico general Reventado volvió a lucir gallardo y apuesto en el retrato, Poético Noé se presentó como rejuvenecido en el taller del maestro Faber y le habló, con aire triunfal, en el oscuro lenguaje de los ajedrecistas:

–Peón Rey cuatro por Peón Dama cinco: jaque.

El artesano sonrió complacido y se dirigió a la mesita donde permanecía, intacta, la partida de ajedrez que habían iniciado casi una década atrás. Movió el peón.

–Mi turno –dijo Faber.

CAPÍTULO IX

DEL BANQUETE QUE OFRECIÓ DON
Elías en el atrio de la Capilla
Catedral con motivo de
la boda de su hija.

Después de siete largas noches de discusión en torno a las posibilidades de la teoría del enamoramiento azaroso selectivo, Álvaro Toledo pudo confirmarla positivamente. Él y la misteriosa sirena, que no era otra sino Silvana Vallegro, se casaron; como es costumbre, se decretó Día de Fiesta y los calendarios volvieron sus hojas al 24 de diciembre. Dados los antecedentes de los novios, resultó una noticia difícil de creer, incluso hubo quienes me recriminaron el retraso de las nupcias debido a mis alegatos con Álvaro.

–Ya tendrán el resto de sus vidas para recuperar el tiempo perdido –argumentaba en mi defensa.

Para solventar los gastos del convite y otros menos relevantes accidentes propios del banquete, don Elías empeñó una pala de Juan Crisóstomo Descartes, el martillo y el valor entumecido en sus bolsillos. La celebración se prolongó hasta bien entrada la mañana del año siguiente. El cura Párroco olvidó, también como es costumbre suya olvidarlo todo, sus parlamentos, y tuvo que buscar en pergaminos empolvados cómo habría de terminar el teatro. No encontró algo más útil que un "los declaro marido y mujer" y los amantes concluyeron la ceremonia con un beso.

Don Catalejo Miravalles, el Gran Consejero, selló el feliz acontecimiento con un breve discurso. A Poético Noé se le encomendó una rigurosa crónica de la fiesta, para satisfacción y memoria de la Villa de San Apolonio el Implacable, la cual llevó puntualmente; mas no paró en inspiración la crónica, que derivó en su conocida *Gramática amatoria*, de la cual traduzco del latín al español un fragmento, con sus puntos, comas y acentos:

> Entre la acción del sujeto sobre el tiempo
> no queda sino el filo del quizás en el objeto
> directo [o indirecto] que discurre en el amar.
> Su tajo infinitivo, los claros del te quiero
> en presente indicativo y la calma tempestuosa
> del que ama en subjuntivo, sin requiebros.

Siguiendo la lección, el verbo conjugado
vendrá con la fluidez que alienta al participio
en su pasiva voz de ser el ser amado.
Amad será la norma de este verbo
imperativo en vuestro corazón,
y amar y estar amando, ya sea en gerundio
o infinitivo, un deber sencillo de aplicar,
que amar y ser amado en cualquier tiempo
–y cualquier caso–
será nuestra premisa principal...

... y sigue lo demás, que ya todos conocen desde la escuela.[3]

En el atrio de la iglesia, que es también el Jardín del Camellito, se brindó con un buen vino y se sirvió mole de olla. Los Toledo ejecutaron una extraña danza que de pronto se les viene a los enamorados, la cual consiste en girar y girar, hombre y mujer abrazados. Después, la muchacha se deja ir y hace como que huye del hombre; éste la persigue hasta recuperarla y la amarra de nueva cuenta a su corazón para darle un beso, y otro, y otro... Los concurrentes, por respeto y para estar a tono, los imitan, al compás de la música, cada quien con su pareja; en caso de hallarse la persona sola, pronto se le consigue una pareja y el cura Párroco aprovecha la ocasión para formalizar uniones rejegas. Así, esta danza es la causante de que muchas fiestas se prolonguen.

A eso de las seis de la mañana del siguiente 24 de diciembre, don Elías, que tiene especial afición por la cacería de insectos, había matado nueve moscas, dos zancudos y una araña. El amor de los Toledo parecía poca cosa, como todas las cosas que de verdad son grandes y, a veces, inconcebibles; apenas era como un resfriado, una locura que por ahí habían pescado en la ribera del río. Y nosotros, ignorantes del contagio, de la fiebre, nublados por el gozo que nos producía Silvana toda ojos de gacela y cabellera negra, muñeca de pastel de boda, y también el teórico Toledo gallardo y circunspecto, hechos uno simplemente, ¿cómo podríamos sospechar del magnífico final que tendría esta pareja?

---

3 Lo demás son unas diez páginas que no viene al caso transcribir, porque a leguas se ve que la traducción del latín al español se me da a trompicones. Quizá por esto, porque Poético Noé escribe en latín desde que perdió la memoria, pocos lo entienden y muchos lo alaban.

CAPÍTULO X

QUE TRATA SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE SAN
Apolonio el Implacable, y del magnífico
regalo que el Sol hizo a los padres
fundadores, según refiere el
libro que nunca termina
de escribirse.

Algunas de las historias que narra el libro que nunca termina de escribirse tienen que ver con la fundación de la villa. La más antigua de éstas refiere que, cuando San Apolonio el Implacable era un simple pueblo de madera y carecía de importancia llamar a las cosas por su nombre, la vida era tan oscura y sus habitantes tan grises que al caminar tropezaban unos contra otros, pues no veían por dónde andaban ni a quién tenían enfrente.

Era un pueblo oscuro y frío. La cruda simpatía del invierno era una sonrisa centenaria vuelta hacia nosotros como estampa en un cuadro deslavado. El Sol, viejo torpe y medio ciego, seguía de largo sin mirarnos siquiera de soslayo, sus largos brazos pasaban sin tejer sus hilos de luz sobre el poblado. Para él, los aldeanos de esta villa no existían; para los apolonienses, el Sol en su plenitud esplendorosa era un perfecto desconocido. Pero cuando la curiosidad cundió como epidemia a la llegada del corsario purpurino, rescatando de la indiferencia a los fundadores de la villa, decidieron ponerles pies y cabeza a los asuntos pendientes y salieron tras los fogosos pasos del Sol para llenar de luz lo que permanecía en penumbras.

Lo siguieron por un lapso de ocho días, cuenta el libro que nunca termina de escribirse, y lo sorprendieron casi rendido en la punta de la montaña donde acostumbra reposar. Los apolonienses, diminutos, entonces intentaron llamar la atención del Astro Rey haciendo mil y un malabares. El Sol, amodorrado en pleno ocaso, abrió un ojo y contemplándolos como quien mira a un insecto fastidioso que zumba y rezumba preguntó a qué se debía tal alboroto. Los padres fundadores se presentaron, con toda corrección, y explicaron de dónde provenían y por qué se atrevían a importunar su sueño.

–Llevamos años, tal vez siglos, viviendo en las tinieblas. Es una existencia gélida y nebulosa la nuestra –explicó el jefe de la expedición–. Señor Sol, queremos pedirle que nos libere de este sombrío panorama

proporcionándonos, como al resto del mundo, un poco de luz.

Y la débil voz de una niña agregó:

–Por favor.

El Sol se mostró muy contrariado ante la petición.

–¿Están diciéndome que mis radiantes brazos no iluminan su aldea? –dijo irónico, y exclamó enfadado–: ¡Imposible! ¡Fuera de mi hogar, mentirosos!

La dueña de la débil voz, la curiosa María que interrogó a san Apolonio, cubriéndose los ojos, adelantó unos pasos y expuso brevemente el problema:

–Señor Sol, sabemos que son horas de descanso para usted y que la Luna está preparando su equipaje para hacer su acostumbrado rondín por la Tierra, pero imagínese cuán afligidos estamos, que hemos venido hasta su casa para pedirle un poco de luz. Mi padre no miente, vivimos en tinieblas, mas no es por culpa suya. ¿Cómo podría saber usted de nuestro pueblo, si hasta hace unos días nosotros mismos vivíamos como si no existiéramos?

El Sol frunció el entrecejo y bostezó. Estaba muy agotado y apenas podía mantener los ojos abiertos; no era para menos, la Tierra y quién sabe cuántos cuerpos celestes habían girado en torno a él todo el día y lo tenían mareadísimo.

–Les ofrezco una disculpa por llamarlos mentirosos, pero deben reconocer que su petición es muy extraña –rugió cálidamente–. ¿Están seguros de lo que quieren? Piénsenlo bien, porque la luz conlleva muchas responsabilidades... ¡Ah, si yo les dijera cuántas personas veo, día con día, que prefieren darme la espalda, que desearían no haberme conocido! Jamás volverán a ver las cosas de la misma manera, aunque no encuentren nada nuevo.

Sin mucha convicción, los padres fundadores discutieron la advertencia por mera cortesía con el Sol. ¡No lo habían seguido durante tantos días para dar marcha atrás en el último minuto!

–Gracias por las previsiones –dijo el líder de la expedición–, pero estamos seguros de lo que queremos y preparados para aceptar tan alta responsabilidad.

El Sol extendió una mano hacia el interior de la alacena, tomó entre sus dedos un pequeñísimo frasco ahumado y, como quien le quita un pelo al gato, se desprendió una hebra de luz, fogosa y minúscula, para depositarla en el refractario.

–Tomen este cabito de luz y regresen a casa. Cuando consideren que está por amanecer, déjenlo escapar; su aldea se iluminará al instante y así, cuando cruce de este a oeste por su tierra, sabré en adelante dónde hallarlos. Jamás los perderé de vista y ustedes no volverán a las penumbras, según es su deseo, ¿entendido?

Los padres fundadores dijeron sí con un movimiento de cabeza y tomaron cuidadosamente el refractario ahumado, que ya en sus manos resultaba de un

tamaño desmesurado incluso para un gigante. Algunos se preguntaron en silencio qué harían de ahora en adelante con tanta luz y a qué responsabilidades se refería el Sol con semejante gravedad, y cuántas noches sin dormir pasarían hasta que se extinguiera la radiante luz del cabo; pero el deseo de ver la vida con otras luces los animó a continuar con el plan y les dio el valor necesario para enfrentar cualquiera de esas cosas terribles a las que se refería el Astro Rey. Entre todos echaron a rodar el frasco y, antes de despedirse, agradecieron el espléndido regalo.

–No me agradezcan –dijo el Sol, oscureciendo de sueño–, a veces es necesario luchar por un haz de luz, y ustedes no sólo lucharon: lo conquistaron. Solamente recuerden que, si al abrir los ojos ven que las cosas son como antes, no se decepcionen. Debajo de mí, les repito, no encontrarán nada nuevo ni...

El Sol se interrumpió y, tras una larga pausa, cerró los ojos y anocheció por completo.

CAPÍTULO XI

DONDE SE CONTINÚA EL RELATO DE
la construcción de San Apolonio
el Implacable, según refiere el
libro que nunca termina
de escribirse.

Fue una compleja labor rodar el refractario hasta la aldea, tardaron más de diez días en retornar al pueblo de madera. Y menos sencillo fue descorcharlo. En cuanto pudieron quitarle el tapón, justo en el momento en que consideraron que estaba por amanecer, escapó una hebra de luz indómita, salvaje como un pájaro de fuego ansioso por iluminar el rincón más íntimo e indiscernible de la aldea, tan vigoroso que enceguecíó a los padres fundadores, dejándolos en la penumbra. Tanta luz de golpe y porrazo puede ser lesiva.

Esa penumbra luminosa era diferente, distaba mucho de cualquiera cosa conocida, tan ajena a ellos que algunos aseguraban que el encapuchado había vuelto para encausarlos en la experiencia de las luces y las sombras. No era agobiante ni pesarosa la penumbra, sino placentera y reconfortante, y producía una sensación de levedad contraria a las leyes de la física; era un flotar sobre el agua navegando todos en el mismo bote, remando armónicamente en la misma dirección. Incluso tenía color y forma diferentes. La llana blancura en que se hundieron al principio estaba muy lejos de asemejarse a aquella fría oscuridad amorfa que padecieron sólo Dios sabe cuántos años.

Conforme se habituaban a la luz cegadora, ésta iba adquiriendo formas muy diversas donde se mezclaban colores que algunos jamás en su vida volverían a encontrar. Ver la vida con nuevas luces resultaba un espectáculo maravilloso, del que lamentablemente no hay registro porque nadie halló las palabras para describirlo, ¡y quién sabe si existieran!

Pero las cosas maravillosas que provocan esta clase de placer son tan pasajeras que a veces parecen un sueño, y cuando por fin sus ojos se familiarizaron con la luz, los padres fundadores volvieron a la realidad y contemplaron con tristeza el pueblo donde vivían. Palmo a palmo, centímetro a centímetro, cuanto miraban los decepcionaba. Hubo quienes preguntaban si habían regresado en efecto a la misma aldea. No, no había duda, era el mismo

pueblo desolador del que habían partido. Y tampoco, el encapuchado no había vuelto a poner un pie en sus tierras.

–¿Para ver esto es que hemos traído la luz? ¡Tanto esfuerzo desperdiciado! –protestó el que siempre protestaba.

Se hizo un profundo silencio. Esta vez nadie lo contradijo porque casi todos pensaban lo mismo, que la expedición había sido un fracaso y que hubiera sido mejor permanecer en las tinieblas, tal como estaban antes de acudir al Sol, y para convencerse de que la excursión no había sido en vano, comparaban al pueblo que veían ahora con el que habían dejado. Nada, ni una triste mota de polvo difería: las casas, los árboles, el espejo del lago, el suelo terregoso, el olmo al medio del camino, el cielo encapotado, las nubes, la luz que les brindaba el Sol..., ¿el Sol? ¿Cómo era posible que recordaran al Sol, si les había dado la espalda desde el principio de los tiempos?

El padre de la pequeña María levantó la vista y miró el cielo, a punto de oscurecer. Las nubes se encadenaban en torno al astro como una serpiente mordiéndose la cola, y aunque la imagen resultaba novedosa, sentía que la había visto antes.

–Esta puesta de Sol me parece conocida –pensó en voz alta.

–A mí también –aseguró alguien.

–Y la sombra del olmo con forma de sonrisa –añadió otro.

–Y el reflejo carmesí del Sol en el riachuelo...

De pronto comenzaron a observar, a la luz del Sol, cosas que tenían por cierto haber visto con anterioridad, pero de manera diferente. Recordaron la advertencia que el Sol les había hecho y comprendieron sus palabras: “Jamás volverán a ver las cosas de la misma manera”, dijo el Sol, “aunque no encuentren nada nuevo.” El Sol no les había vuelto la espalda, ¡ellos habían despreciado su luz desde siempre!

–¡Cuántos días perdidos! –exclamó el protestante.

–De ninguna manera –replicó el líder de la expedición–, el Sol dijo que la luz conlleva responsabilidades. Ahora que sabemos qué nos disgusta de nuestro pueblo, estamos obligados a ponerle remedio.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo, si se puede saber?

–¡Eso es! –exclamó entusiasmada la pequeña María–. ¡Hagamos el pueblo que soñamos que encontraríamos! Yo soñé un jardín floreciente a las faldas del olmo. ¡Quiero un jardín!

–De este lado, una gran casa, majestuosa –se le ocurrió a su padre–, que nunca envejezca y se reinvente con el tiempo.

–Y el jardín con una fuente –sugirió alguien más.

Así comenzaron a ver al triste pueblo de madera con otros ojos y a aportar ideas que chispeaban en sueños. Eran los ojos de la imaginación, más abiertos que nunca. Era un nuevo día, el primero de una nueva vida. Era la reinvención

de San Apolonio el Implacable, afirma el libro que nunca termina de escribirse, su verdadero despertar y el encuentro con nuestro destino.

CAPÍTULO XII

DE POR QUÉ NADIE FUMA EN LAS noches y cómo fue que Tobías Capri hizo un agujero en el cielo.

San Apolonio el Implacable creció en unos años como no había crecido en siglos. Sigue siendo tan pequeño como cuando el capitán mendicante puso el pie derecho en esta tierra; sin embargo, nuestro minúsculo tamaño no ha limitado nuestra inventiva. Es un desatino afirmar que la Villa de San Apolonio el Implacable es un pueblo retrógrado. Hubo un tiempo en que un invento le sucedía a otro como por contagio, aunque, en su mayoría, eran absolutamente inútiles, como el pelador de papas tirado por nueve caballos, o la lámpara de gas para leer de día, o la música que nadie puede escuchar. Los inventos se acumularon por aquí y por allá al grado de estar a un tris de ser expulsados por nuestra propia chispa imaginativa. Así llegó un momento en que nos vimos obligados a moderar nuestro ánimo progresista.

En esa época construyeron infinidad de casas, una tan cercana a la otra que, si alguien prendía un cigarrillo en la noche, la vecina le daba al fumador un golpecito en el muro que los separaba y le pedía, por favor, que lo apagara porque le molestaba el humo. El fumador apagaba cortésmente el cigarro y la vecina volvía a la cama. Los más quisquillosos se incomodaban incluso con las luces de las lámparas. La situación se volvió tan complicada con la vivienda, que los habitantes dejaron de leer en la noche, aunque no faltaban los necios que, aprovechando la luz de la luna llena, realizaban ciertas tareas.

No siempre brilló la luna en San Apolonio el Implacable. Después de la reinvención del pueblo, el contraste entre el día y la noche era sumamente marcado. El sol desplegaba toda su luminosidad hasta que se perdía en el horizonte, pero la noche era negra y cerrada, con dificultad se podía contemplar unas cuantas estrellas, motivo que entristecía a gatos y enamorados pues, como es sabido, la luna es un astro enamorado del amor.

Para solucionar semejante desbarajuste, el Gran Consejo contrató al gran arquitecto Tobías Capri, quien tras agotar días enteros ejecutando cálculos estratosféricos, construyó una escalera sin fin que tocaba el cielo y unas tijeras

de sastre forjadas con un metal especial para cortar mantos celestes. Cuando lograron poner en pie la escalera, y tras echarse las tijeras al bolsillo del overol, Capri ascendió hasta el firmamento y con un movimiento rápido le hizo una buena incisión al cielo, dejando al descubierto un cuerno de la luna. Todo en un solo intento y sin ensayos. Su luz argentina iluminó de lleno las calles de San Apolonio el Implacable y la mirada bobalicona de los amantes, y el maullar desafinado de los gatos se extendió por los tejados.

Hoy las noches son tan cerradas como antes, pero los cuernos de la luna se observan en su total plenitud, como si fuesen una permanente luna llena.

No puedo concluir este capítulo sin recordar que el trabajo realizado por el gran arquitecto Tobías Capri es materia de estudio en las universidades más prestigiadas del mundo, y que no existe hombre de ciencia ni deportista de alto rendimiento que no alabe la astronómica precisión de sus cálculos.

CAPÍTULO XIII

QUE SERÁ EVITADO PARA NO
convocar la mala suerte.

CAPÍTULO XIV

QUE REFIERE LAS CIRCUNSTANCIAS AZAROSAS
del llamado tiempo de la indeterminación
y cómo fue que el Viejo
Reloj se cansó de ser
interrogado.

Así como reza el dicho “no hay mal que por bien no venga”, de igual manera se ha demostrado que los términos pueden invertirse en San Apolonio el Implacable, y un bien puede devenir en un mal. Esto fue lo que ocurrió, precisamente, en los Tiempos de la Indeterminación, esa desgraciada etapa de nuestra historia.

Antes de que se enmendara el Código Civil, antes de Docto Petronio, la gente no sabía y sí sabía a dónde iba y a dónde no iba; si quería un pastel de chocolate o una empanada de champiñones; si se amaban o se odiaban; si se conocían o desconocían... Era imposible distinguir la noche del día. Pero una vez que el Gran Consejo tomó el asunto en sus manos, como suele acontecer en San Apolonio el Implacable, paulatinamente las cosas volvieron a ocupar su lugar correspondiente y casi todo volvió a la normalidad.

El Viejo Reloj de la Capilla Catedral puede dar testimonio de ello. Como ya se dijo, en aquella época la gente era incapaz de determinar si era de noche o de día, e igualmente era incapaz de ajustar la hora de sus relojes. Así que iban al centro y le preguntaban al reloj de la Capilla Catedral:

–Reloj, ¿qué hora es?

El Viejo Reloj, con seriedad lapidaria, alargaba las manecillas como cuando uno se estira al despertar y marcaba las seis con treinta y dos minutos de la tarde. Entonces el consultante miraba su reloj de bolsillo.

–Creo que estás equivocado –replicaba sospechosamente inseguro–. Me parece que estás atrasado un minuto.

Y el Viejo Reloj adelantaba el minutero al tiempo que el consultante se retiraba, atrasando un minuto su reloj. Enseguida llegaba otra persona.

–Reloj, ¿qué hora es?

El Viejo Reloj, paciente, apuntaba con la manecilla chica las seis, y con la larga el treinta y tres.

–Yo creo que no –objetaba la persona–, hace un minuto me acaban de

decir que estás un minuto atrasado.

Molesto, el reloj de la Capilla Catedral volvía a su posición original, sólo para regresar un segundo después a la que tenía un minuto antes. Esta situación se repitió de manera idéntica mientras duraron los Tiempos de la Indeterminación, hasta que al Viejo Reloj se le rompió la cuerda y optó por jubilarse, irónica y coincidentemente, la víspera de Nochebuena en que el Tiempo dejó de correr en San Apolonio el Implacable. E irónica y coincidentemente también, el mismo día en que esa época vio su fin, cuando Docto Petronio finalizaba su conferencia bajo una lluvia de vítores, llegó el rumor de un tic

tac

tic

tac, como la suave brisa de una cascada..Era el Viejo Reloj que había vuelto a las andadas.

Todavía continúa en la torre de la Capilla Catedral, observando con su mirada ciclópea a los apolonienses, que le dan regular mantenimiento. ¡Ah, pero eso sí, no le preguntes la hora porque enloquecen sus engranes!

CAPÍTULO XV

DE CÓMO UNA BRÚJULA
fue a dar al manicomio.

El Viejo Reloj no es el único que ha sufrido esta clase de desvaríos. Una vez estuvo de visita una brújula que, tratando de escapar del distraído forastero que la portaba, vino a refugiarse al bolsillo de un Josemaría. De poco le sirvió: la pobrecilla se había vuelto loca y fue internada en un taller sanatorio, pues aun sin hallarse en el Sendero de los Caminos Opuestos, buscando el norte apuntaba al sur, y yendo hacia el este daba con el oeste. Su flecha direccional se desquició con la estrechez de nuestro espacio. Y ahí continúa internada, sin recuperar el rumbo: los cuatro puntos cardinales siguen disputándose el sitio que les corresponde a cada uno sin darle un minuto de reposo, mientras la pobre brújula no halla el momento de dirigir las agudas puntas del indicador, gira y gira como poseída por el demonio de los perdidizos, absolutamente desorientada.

CAPÍTULO XVI

QUE TRATA DEL ESPÍRITU PERDIDO QUE
no encuentra el cuerpo al que pertenece
ni otro donde alojarse a causa
de un periódico.

A semejanza del eminente Cabo Suelto, el espíritu de Anastasio *Tacho* Tachas lleva un clavel en la solapa; pero a diferencia de aquél, no tiene paraguas y lleva sombrero... o llevaba, es difícil emplear el tiempo correcto, ¿puede el espíritu vivir sin estar unido al cuerpo? Yo no me atrevería a afirmarlo ni a negarlo.

La historia de Tacho Tachas es incierta, aunque deben conocerla más allá de las fronteras de San Apolonio el Implacable. Por lo poco que hemos podido averiguar, gracias al comunicativo espíritu de su dueño, Anastasio Tachas era un hombre muy nervioso e irascible, siempre estaba con el alma en vilo y el ¡Jesús! en la boca; los niños lo hacían enojar con facilidad y tenía por costumbre, antes de irse a la cama, leer el periódico del 18 de septiembre y nada más que el 18 de septiembre por cuestiones numéricas: septiembre es el noveno mes del calendario; uno más ocho suman nueve, nueve más nueve son dieciocho... En fin, cada quien sus manías. El caso es que, llegada esta fecha, se dispuso a ir a la cama y buscó sin encontrar el diario.

–¿Dónde está el periódico? –preguntó a su esposa.

Ella se puso morada y enmudeció, había olvidado comprarlo. Tacho Tachas perdió los estribos, encolerizó y no cesó de gritar sino hasta que perdió el aliento... Y siendo el alma el aliento del cuerpo, perdió también su propio espíritu, con todo y sombrero y clavel en el ojal de la solapa.

El espíritu de Tacho Tachas vagó muchos años en busca de su cuerpo, o uno semejante para alojarse. Los espíritus de los hombres donde pedía albergue lo rechazaban o simplemente no se acomodaba con ellos. Trató de establecerse en varios sitios y en ninguno fue bien recibido a causa de su mal genio. Hasta que llegó a San Apolonio el Implacable.

Cansado de buscarse, decidió establecerse en el Jardín del Camellito, aunque nadie en el pueblo reúne las características físicas de su antiguo dueño. Nosotros tratamos de hacerle el trance menos pesaroso y cada 18 de

septiembre compramos el periódico para evitarnos sus míticas pataletas, y lo lee de principio a fin en su banqueta del jardín, a la luz de la luna, antes de irse a dormir.

Su carácter ha mejorado con el tiempo y la iracundia ha dado paso a la afabilidad; no obstante, cada Día de Fiesta protesta por el cambio en el calendario. Todo parece indicar que ya se ha resignado a vivir lo que resta de la eternidad sin su cuerpo presente, aunque a veces se pasea de noche por las calles del pueblo llamando a su antiguo amo:

–*¡Tacho... Tachas! ¡Tacho... Tachas!* –como quejumbroso lamento.

CAPÍTULO XVII

DONDE SE DA SINRAZÓN DE LA
Sociedad Secreta del
Paraguas Verde.

El eminente Cabo Suelto no sólo visita San Apolonio el Implacable los días martes 1º de cada mes, ni es casual que esgrima un paraguas verde olivo. Tampoco es el único, pues él, como el señor Doménico, vicepresidente del Gran Consejo, o Poético Noé, pertenecen a la Sociedad Secreta del Paraguas Verde. El cura Párroco detesta la Sociedad, afirma que quienes la integran son herejes y ha movido cielo, mar y tierra para que el Ayuntamiento tome cartas en el asunto y destituya, en principio, al señor Doménico de su cargo como consejero.

Los miembros de esta logia se distinguen porque de su brazo derecho cuelga un paraguas verde que nunca abren, sin importar la condición climática; sea un día seco como la garganta de un viajero perdido en el desierto o húmedo como un diluvio, las alas de murciélago del paraguas nunca se extienden. Pese a que todavía no los identifican a todos [como es de suponer, son muchas las personas que poseen un paraguas verde olivo], se sabe que la conforman dieciséis notables apolonienses.

La Sociedad Secreta del Paraguas Verde se reúne una vez por semana en el sótano de la casa de alguno de sus miembros [excepto en la del eminente Cabo Suelto, quien dice que radica en una de las Ciudades Idénticas, lo cual nos lleva a suponer que su eminencia es en realidad un espejismo], y nunca dos veces de manera consecutiva en el mismo sitio, ya que por norma cambian de sede y el día de la cita para evitar ser sorprendidos en asamblea.

Reunidos los dieciséis, al punto de las diez de la noche, juran absoluta fidelidad a la hermandad. Enseguida se acomodan en perfecta simetría a diez pasos cortos de una mesa cuadrada, en cuyo centro se yergue rígido un paraguas verde olivo, bien plantado en una maceta de barro. A la espera de que de un momento a otro su oxidado ramaje metálico florezca, lo admiran en silencio durante ocho minutos, más o menos, que es el tiempo que tardan en fumarse un cigarrillo, aunque a veces también toman café o té de jazmín, con lo cual se prolonga la sesión. Luego dan por terminada la asamblea, no sin

antes haberle brindado los cuidados que requeriría cualquier planta de sombra, y regresan a sus respectivas casas, en grupos no mayores de tres [para disimular], comentando los pormenores de la reunión a voz en cuello.

En honor a la verdad, no son muy discretos que digamos, pues para ser una sociedad secreta la del Paraguas Verde, lo que se sabe de sus reuniones privadas no es poca cosa.

CAPÍTULO XVIII

EN QUE SE DA RELACIÓN DE
algunos apolonienses notables
y extraordinarios.

Los habitantes de San Apolonio el Implacable, como los de cualquier parte del mundo, son comunes y corrientes. Y también, como en cualquier parte del mundo, hay personajes singulares y nada convencionales. Citaré tres ejemplos al azar.

La primera que me viene al tintero es Niña Déjalo, o la del violín desafinado. Es huérfana y se desconoce quiénes fueron sus padres y su nombre verdadero. Creció en la iglesia, bajo la tutela del cura Párroco, quien le enseñó a leer, escribir y tocar el violín; pero olvidó darle un nombre. Al sacerdote le bastaba con llamarle: "A ver, niña" o "¡Niña, déjalo!", y sin darnos cuenta, el nombre se le quedó. Eso lo supimos cuando, convertida ya en una joven dulce y hermosa, fue a pedir trabajo al taller de Faber, quien le preguntó cómo se llamaba. Ella simplemente respondió:

–Niña Déjalo.

–No te puedes llamar así –objetó el artesano–, nadie se llama así.

–Pero es que siempre me han llamado así.

Faber hizo una mueca pensativa:

–Pues así te llamaremos –y la inscribió en la nómina, lo cual significaba que la había aceptado como aprendiz. Sin embargo, la verdadera particularidad de Niña es otra. Ella, además de su trabajo en el taller, ayuda al cura en las labores de la iglesia, tras lo cual acostumbra descansar en el atrio, alrededor del mediodía, mientras toca la *Primavera* o el *Otoño* de Vivaldi, según su ánimo. Lo hace con maestría comparable a la de Paganini; no obstante, apenas los paseantes ven que asoma la nariz con el estuche del violín bajo el brazo, se esfuman discretamente. Nadie se ha atrevido a decirle que su instrumento está desafinado y su música es más lastimera al oído que un concierto de gatos en celo. Será por eso que después del mediodía el Jardín del Camellito se convierte en un desierto, y que, a pesar de ser tan bella, la Niña del violín desafinado aún es soltera. ¿Quién, en su sano juicio, querría casarse con un concierto de gatos destemplados? Quien pretenda desposarla,

si de verdad la ama, tendrá que decírselo algún día.

Y hablando del lapicero Faber, artesano dedicado en cuerpo y alma a sacarles punta a los lápices, él es otro de los hombres notables. Cuando la punta del lápiz está roma, acuden con el maestro Faber como si acudiesen al zapatero para que repare los zapatos. En caso de romperse después de que el maestro arregla el desperfecto, Faber estudia minuciosamente la herramienta de escritura y dictamina si el error ha sido suyo o el cliente imprimió demasiada fuerza al escribir o el producto es defectuoso; cuando resuelve que ha sido responsabilidad suya, cosa poco frecuente, enmienda el error en el acto, sin cobrarle un centavo al afectado. Antes de quedarse miope, Faber también hacía lápices, todos de intachable calidad. Esperamos que algún día su aprendiz adquiera los secretos de su arte. Y aunque ya no atiende emergencias, todavía a la entrada del taller hay un letrero con la siguiente leyenda bicolor: “Urgencias y servicio a domicilio” en azul, y el número telefónico en rojo.

El tercer ejemplo es menos azaroso que los anteriores. Lo traigo bailando hace rato en la mente, y no es una persona, sino toda una familia: el Ilustre Linaje Descartes, con letras mayúsculas y sin adjetivos, pues así se hacen llamar. Ya se habló de Juan Crisóstomo, el hijo mayor; pero faltan los demás. Los Descartes integran una de las familias más añejas y arraigadas en la Villa de San Apolonio el Implacable. Actualmente está compuesta por Manolita, el señor Doménico y Silvestre Tijerilla, hermanos del que cava su propia tumba; sus padres, el ilustre Descartes y Gerundia *la Chica*; la abuela, Gerundia *la Grande*, madre de la Chica, y, finalmente, doña Gerundia, madre de la madre de la madre de Juan Crisóstomo, es decir, la bisabuela del clan.

Del señor Doménico ya se dijo que pertenece a la Sociedad Secreta del Paraguas Verde y que es vicepresidente del Gran Consejo; él asegura que es bailarín, pero nadie lo ha visto bailar. Cuando va por la calle, jugando con su inseparable paraguas verde, los aduladores [y alguno que otro chistoso] se le acercan y le dicen:

–¡Ojalá bailara como usted, señor Doménico!

–¡Imposible, se requiere mucha práctica! –responde Doménico, sin aflojar el paso, medio turbado y de sesgo–. Disculpe que no me detenga, voy a ensayar unos pasos...

Manolita, la tercera en fila, podría inspirar una novela. Ella está casada con el boticario Lechuga y, aunque su matrimonio es muy afortunado, recorre melancólica, entre suspiro y suspiro, los rincones de San Apolonio el Implacable. Nunca ha vuelto a cruzar palabra con su familia; asegura que sus padres cometieron algún pecado gravísimo cuando se casaron porque Dios la castigó al otorgarle unas manos perfectas. Es verdad, sus manos son perfectas, la proporción exacta entre cada dedo y las líneas de su palma, definidas y

legibles. Si Miguel Ángel las hubiera tenido de modelo, jamás habría logrado esculpirlas con similar perfección. Y es la perfección, que es asunto de Dios, lo que precisamente perturba a Manolita Lechuga, pues a juicio de ella su gran desgracia es carecer de manos imperfectas, como el común de los mortales.

Es el turno del ilustre Descartes y su hijo Silvestre Tijerilla, ambos historiadores reluctantes. La Historia los desilusionó por estar plagada de mitos, leyendas y mentiras, por lo que decidieron cambiar de profesión. Padre e hijo estudiaron por correspondencia el *Curso rápido de nautología y constructivismo*, del almirante Shanti Andía Marino, y decidieron hacerse a la mar. Aunque con el inconveniente de que el mar se encuentra a varias, muchas, demasiadas leguas de San Apolonio el Implacable, consideraron una segunda opción, en busca de una solución ideal para salvar semejante escollo, que a la vez les permitiese conjugar Historia y "nautología". Así tuvieron la genial ocurrencia de reconstruir *La Vagamunda* y botar el barco en agua dulce. Ahora, debido a los buenos oficios de Doménico Descartes, la ribera del río [que no tendrá más de tres o cuatro metros de profundidad en su parte más honda] tiene por nombre el Astillero Descartesiano. Muy ufanos, han informado a medio mundo que el pliego de historia –el libro donde se registran los pormenores de la construcción del barco– lleva un significativo avance. Como los apolonienses desconocen tan compleja terminología naval [salvo el ilustre Descartes y su hijo Silvestre, probados hombres de mar], la gente se limita a exclamar:

–¡Oh!

Y a esta exclamación, el ilustre Descartes añade:

–Sí, pronto el primer oficial del barco podrá tener la bitácora en sus manos y leeremos en público el pliego de historia, para que se deleiten con los detalles.

–¡Oh!

–Y es posible que en dos años –calcula Silvestre Tijerilla–, quizá dos años y ocho meses, para ser precisos, botemos el bergantín.

Doble "¡oh!". Sin duda son dichos y cálculos enigmáticos los que presumen, considerando que *La Vagamunda* era una fragata ligera, no un bergantín, según las leyendas.

Gerundia la Grande desde hace un par de años está recluida, a piedra y lodo, como se dice, en su habitación, enferma, y como doña Gerundia es quien cuida de ella, sólo se le ve los domingos en la iglesia, sin falta y de negro riguroso. Sólo resta hablar de Gerundia la Chica, que, en humilde opinión de quien escribe esta crónica, es la más extraña del Ilustre Linaje Descartes, por ser la única persona, digamos por decir, común y corriente. Nada he observado de particular en ella, excepto su familia.

Quedan por ahí el Holandés Berreante, un perro que tiene hábitos gatunos

y es “propiedad autónoma” de los apolonienses, y la gata Frida, que, empeñada en enamorar al Holandés, no se le despega ni de noche ni de día. Y la monja Oscura, ¡cómo olvidarla!, cuya historia me reservo por estar plagada de desdichas, o el presidente del Consejo que... Mejor aquí hago un alto, porque si continúo con mi azaroso listado, en un descuido terminaré hablando del lamentable cronista de San Apolonio el Implacable, y entonces esta crónica dejará de ser lo que es para convertirse en la biografía de quien esto escribe, cosa de escaso interés.

CAPÍTULO XIX

QUE DA CUENTA DE LA ESTRECHA RELACIÓN
entre física y amor, a propósito
de la tragedia toledana.

Sucedió una noche de mayo. El pueblo se cimbró como si un gigante atravesara el corazón de San Apolonio. Todos despertaron y salieron como luces de bengala de sus casas, descalzos, en ropa de dormir, con tubos, la cara batida en crema... ¿Qué pasaba?

"¡Es la casa de los Toledo", gritaban unos y otros. "¡La casa de los Toledo!"... Y sí, era la casa de los Toledo, que había desaparecido de la faz de la Tierra.

¿Cómo era posible, si en un principio se acomodaron tan bien, entre la alacena y el armario, con todo y su acorazonada dicha? Si Pedro Botero y la mariposa habían llegado a un acuerdo de convivencia, ¿por qué ellos y el amor no pudieron llegar a uno para dosificar su felicidad?

No, Álvaro y Silvana hicieron caso omiso de advertencias y se dejaron querer tanto, que la felicidad empezó a hervir como olla de presión en sus enredados corazones y terminó por vencer los cimientos de su hogar, honrando las leyes de la física. Fue una fantástica explosión de amor sin economía de besos y abrazos y te adoro vida mía, los cuales hicieron del diminuto hogar algo así como un cohete a la Luna; un estallido que dejó en San Apolonio el Implacable una estela de dicha que nos hizo gravitar durante días en medio de una deliciosa borrachera de amor y felicidad de la que afortunadamente tardamos en recuperarnos.

CAPÍTULO XX

QUE REFIERE CÓMO LOS APOLONIENSES
rescataron el amor de los Toledo y
las consideraciones sobre la
dicha que conllevaron
un final feliz.

Cuando descendimos a tierra firme, todavía arrobados, nos dispusimos a rescatar los restos amatorios de Álvaro y Silvana Toledo como delicadas piezas de rompecabezas.

Sin embargo, el problema de la tragedia toledana no terminaba con la correcta sepultura de los residuos amorosos. Algunos fragmentos de su amor no se pulverizaron del todo tras la explosión, estaban repartidos por San Apolonio el Implacable en forma de grandes y sólidos bloques de dicha. Urgía hacer algo con tanto amor desenfrenado. Intentamos reducirlos a punta de cincel y martillo, pero al asestar el primer golpe, las herramientas se hicieron añicos en nuestras manos. Eran indestructibles y emanaban un aroma a embeleso y arrebato que nos hacía palidecer de vergüenza apasionada. El Gran Consejo intervino y, tras consultarlo con los apolonienses, optó por dejarlos como actualmente se les ve, con esa facha de monumentales malvaviscos, confiados en que el tiempo habría de encargarse de labrarlos y poner las cosas en su sitio.

Procedimos entonces, con rigurosa formalidad, al acto funerario. Don Elías Vallegro nos condujo a donde solía reunirse con Juan Crisóstomo Descartes y arrojó los restos amatorios al pozo:

–¡Te encargo mucho a tu ahijada! –gritó al amigo.

Poético Noé les dedicó un destacado, inolvidable, bellísimo silencio, y el Gran Consejero decretó Día de Fiesta.

–Desaparecer así es digno de honra –enfatizó en el panegírico que pronunció en memoria de los amantes.

Y todos asintieron, sin que a nadie se le mirase cabizbajo ni dolido por la pérdida.

Corrijo: casi nadie, porque yo en cambio, entristecido, extrañándolos desde ya, no alcanzaba a comprender por qué celebraban la terrible tragedia de mis amigos. Los señores Vallegro se veían más que resignados, conformes.

La simple presencia y la forma en que se conducían los padres de Silvana me turbaban. No podía dejar de pensar que nos habían convocado a un espectáculo siniestro. Bajé la mirada y susurré para mí:

–¡Ay, Álvaro, si usted supiera! –y odié por vez primera a mis paisanos y a san Apolonio el Implacable, que le dio vida a este pueblo lleno de miserables.

Niña Déjalo se mostró contrariada cuando se me escapó un par de lágrimas y advirtió mi consternación y tristeza.

–¿Por qué lloras? –preguntó.

–Acabo de perder a mis mejores amigos –le dije–, y a ninguno de ustedes parece importarle que se hayan ido.

Ella frunció el entrecejo y me dio un coscorrón.

–¡Retonto, mil veces tonto! –me increpó–. Observa a don Elías, ¿de veras te parece muy contento con la pérdida de sus hijos? No creo, pero sonríe porque es una majadería llorar por una persona que amó y fue amada tanto mientras vivió, y más cuando su generoso amor nos ha dejado esta felicidad y esta dicha que es imposible describir con palabras. Mira a tu alrededor, respira, ¿no sientes acaso, justo aquí –señaló su corazón–, un sentimiento tan fuerte que quiere explotar de alegría? En serio, ¿no sientes un poquito de su infinita plenitud? Está por todas partes y eso, querido, no es otra cosa sino la verdadera esencia de nuestros amigos... ¡Qué feliz tragedia, no puedes caminar sin tropezarte con un beso!

Agaché la cabeza y, sigilosamente, paseé la mirada por los cuatro puntos cardinales. Nunca sabes cuán ignorante eres hasta que alguien te hace ver que en realidad no sabes nada, nada de la vida. Y yo era un ignorante sabelotodo hasta que Niña me habló... como me habló.

Tras contemplar en torno mío y meditarlo un rato, admití que estaba equivocado, que mi percepción y mis sentimientos eran distorsionados por el egoísmo, esa piedrita en el zapato que nos impide reconocer las cosas buenas y señalar únicamente las malas. Como cuando Álvaro intentaba demostrarme la teoría del enamoramiento azaroso selectivo, y yo neceaba. Permanecí largos minutos en silencio, con el íntimo deseo de que esa infinita plenitud de la que hablaba Niña me tomara por sorpresa. Entonces ella, como si adivinase lo que pensaba, me cogió del brazo y sonrió. Y descubrí en su mirada y sus ojos el cielo. Era el cielo azul más azul que jamás he visto en mi vida.

–Tu violín está desafinado, ¿sabías?

Niña suspiró y contestó complacida:

–Tonto, retonto sin remedio...

Echamos a andar tomados de la mano, como si nos deslizáramos sobre las aguas claras del Surtidor Barquero, en un velero de papel impulsado suavemente por la brisa. A las puertas de mi hogar hallamos uno de los indestructibles bloques de dicha toledana. Vencidos por la curiosidad, nos

acercamos a olisquearlo y palparlo, pero cuál sería nuestra sorpresa al escuchar que murmuraba secretos de amor, ¡y no de los Toledo, sino nuestros! No pude sino sonrojarme y experimentar de súbito esa felicidad inenarrable que, sin describirla, había descrito perfectamente mi compañera, y que al entrar en contacto con ella se hinchaba al punto de reventar como un globo.

Al fin, al fin entendía, mientras Niña, sin pena ni vergüenza, serena y radiante, me contemplaba sonriente.

EPÍLOGO

AL LIBRO SEGUNDO, EN QUE EL
cronista se desocupa de los múltiples
aprietos de San Apolonio
el Implacable.

Visto y demostrado está que las cosas no son lo que aparentan. Para que los forasteros perdidos lo tengan presente, a manera de advertencia, colocamos a la entrada del pueblo un letrero de bienvenida con esta leyenda:

> Un perverso dragón se enamoró a primera vista de una princesa y decidió raptarla. El rey, descorazonado, juró dar en matrimonio a su hija al valiente que la rescatara. Nadie se animó a enfrentar al dragón, excepto el caballero de los Tirantes Blancos, que en el acto marchó al encuentro del truhán que había secuestrado a la princesa.
>
> Poco después, el caballero de los Tirantes Blancos y el dragón se presentaron ante el rey y señalaron una carreta donde había un costal que no cesaba de revolverse. Lleno de angustia, el monarca preguntó por su hija.
>
> –Fue difícil –respondió Tirantes Blancos–. Luchamos a muerte por ver quién se quedaba con la princesa, sin que ninguno venciera al otro.
>
> El caballero dio gracias a Dios y enmudeció enseguida. Entonces, el dragón tomó la palabra:
>
> –En ese costal va tu princesa, rey consentidor. Tu hija es una pesada. ¡Búscate a otros que carguen con ese fardo!

De manera que, en este orden de ideas, después de hacer un balance general y minucioso; después de someter a juicio las gracias y venturas ocurrentes y ocurridas en la Villa de San Apolonio el Implacable, concluyo sin más ni más, ni uno por uno, que, a pesar de su estrechez y el sinsentido de sus avenidas, nuestro pueblo es cuanto a mis ojos se presenta. Es mi casa y cuanto amo y deseo. Es el blanco clavel que porto en la solapa; el zumba y rezumba del mosquito que en la noche pasea por mis orejas; el sueño realizado de un pueblo que jamás imaginara un sueño de dicha eterna. Es el sitio adonde voy y de donde vengo. Es mi vida, así de simple y pequeñita.

Y habiendo llegado al final del principio de lo que he deseado referir, ábranse con estas palabras las puertas de nuestro hogar para quien desee visitarnos. Las coordenadas precisas ya han sido reveladas, así que bienvenidos: aquí hallarán lugar para enmendar esta crónica y enderezarla con cuanto haga falta. Ahora comienza tu relato...

Tabla

DE LAS OLVIDADAS HISTORIAS
del Capitán Implacable y del
pueblo que lleva
su nombre

Tras dominar a todos con su tiranía, un corsario de espíritu temible y rostro púrpura decide seguir un camino sorprendente.

Y de tanto filosofar sobre el amor, un enamorado no tuvo más remedio que acortar drásticamente el tiempo que invertía tratando de probar sus teorías mafufas.

Desde la encrucijada donde los senderos te llevan al lado contrario del que quieres ir, podrás asomarte a los disparatados aprietos que acongojan a un pintoresco pueblo con nombre de pirata... ¿O era nombre de santo? Sólo quien se aventure a conocer la leyenda blanquinegra del rufián implacable lo sabrá con certeza, eso sí.

GERARDO DE LA CRUZ es autor de *La inacabada vida y obra de J. Chirgo* , *A propósito del autor* y de diversas antologías literarias. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM y Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la Sogem. Es editor y también ha formado parte de la redacción en revistas como *MD* , *Viceversa* y *Picnic*.

El Capitán Implacable

Primera edición: julio, 2018

www.megustaleer.mx

ISBN: 978-607-317-099-4

Penguin Random House Grupo Editorial





Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación